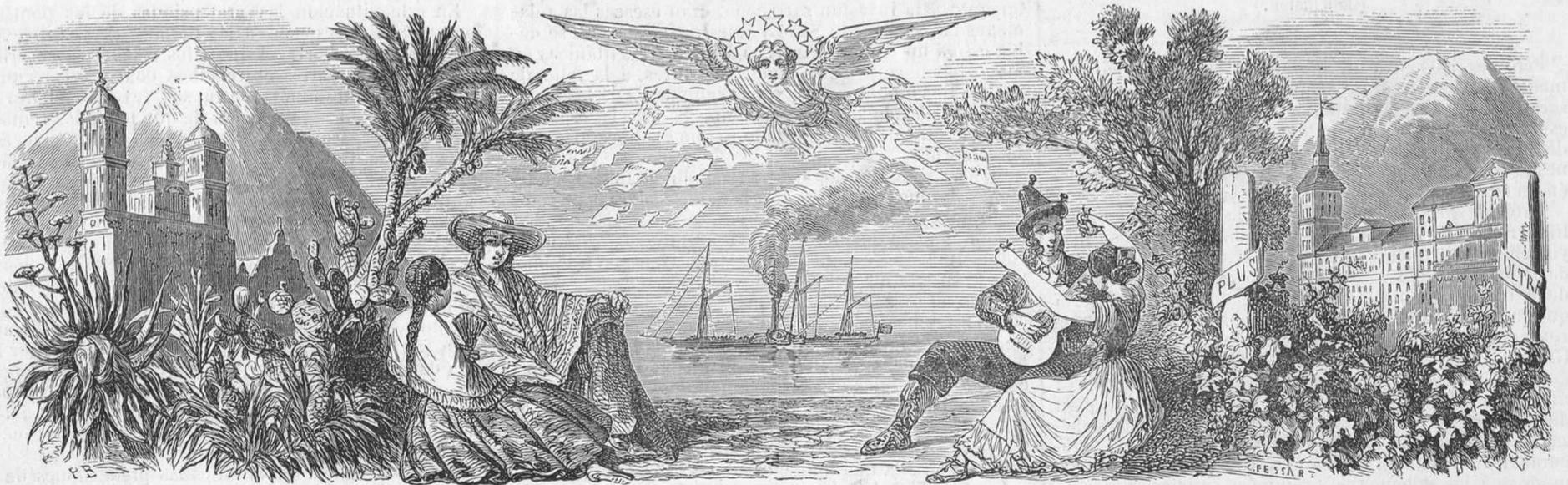


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1870. — Tomo XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 903.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Revista de los Cien Guardias en el Palacio de la Industria; grabado. — **Estudios históricos.** — **Las regatas en el Támesis;** grabado. — **Isla de Cuba: Notas de viaje;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Lo que son notabilidades.** — **«Ferry-boats de la Mancha;** grabados. — **Literatura dramática.** — **Las habitaciones de S. A. I. el principe Napoleon en el Palacio Real;** grabado. — **Actualidades parisienses, por Bertall;** grabados. — **El Doctor Témis.** — **Banquete de familia;** grabado.

Revista de los Cien Guardias

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

El viernes 7 de abril el emperador visitó el concurso hípico en el Palacio de la Industria, y con este motivo hicieron los Cien Guardias diferentes ejercicios á fin de poner en evidencia el mérito de la raza normanda que se distingue por su elegancia y buena configuracion.

Cuatro pelotones de Cien Guardias, de 24 jinetes cada uno, entraron en el recinto y se formaron en batalla esperando á S. M. que llegó á las tres, y á poco rato llegó tam-

bien el príncipe imperial con el general Frossard. Después de haber sido recibido por el marqués de Mornay, presidente de la Sociedad hípica, y los miembros del jurado, el coronel Verly, comandante del escuadron de los Cien Guardias, hizo desfilar á los jinetes por delante del emperador, después de lo cual emprendieron diversas maniobras con una precision notable, haciendo conversiones y cambios que llenaron de admiracion á los espectadores por causa de lo reducido del terreno. También ejecutaron cargas en batalla al trote y al galope con una precision que prueba el alto grado de instruccion de los hombres y de los caballos. C.



PARIS. — Revista del escuadrón de los Cien Guardias, pasada por el emperador en el Palacio de la Industria, el 7 de abril de 1870.

Estudios históricos.

EL REINADO DE DON ALFONSO EL SABIO.

(Conclusion.)

Pero ¿es justo? No incurramos en la preocupación lamentable de juzgar á los hombres de los siglos que pasaron por las ideas dominantes del siglo en que vivimos, especie de anacronismo de que no se libertan esclarecidísimos historiadores. Para juzgar á Don Alfonso, es menester examinar atentamente las circunstancias de la época en que vivía.

Antes de que él eñera la corona, la autoridad del pontífice romano y la de la Iglesia habían llegado á su mayor engrandecimiento. Ni era de extrañar: la superioridad intelectual del clero en aquellos tiempos de rudeza debía naturalmente dar á la época esa tendencia religiosa que fué su distintivo. Dos grandes pontífices contribuyeron en primer término á esta obra y la apresuraron: Gregorio VII é Inocencio III. Dotados ambos de grandes cualidades, no obedecían á una ambición ciega: mas altas, mas nobles eran sus aspiraciones. Un plan de unidad y de civilización universal bullía en sus cabezas, y creyendo que solo la Iglesia podía realizarlo, procuraban su ejecución con la fe de apóstoles y con la firmeza que les daban sus profundas convicciones y la energía de su carácter. Hábiles políticos, se aprovecharon del desorden y confusión de aquellos tiempos; con ánimo resuelto y sin retroceder ante las consecuencias, sostuvieron el principio político de la superioridad de la Iglesia sobre la autoridad temporal, quisieron que ante ellos se humillaran todas las potestades de la tierra y extendieran á todas las naciones cristianas su dominación suprema. En su espíritu emprendedor aplaudido y seguido por sus sucesores, ya suponían que les correspondían algunos estados como pertenecientes al patrimonio de san Pedro, ya que los príncipes de otros debían prestarles homenaje y pagarles tributo como vasallos, ya que tenían el derecho de dar y quitar coronas, y de absolver á los súbditos del juramento de fidelidad que habían prestado á los monarcas. Las excomuniones, los entredichos, todas las armas espirituales se esgrimían en apoyo de pretensiones tan exageradas (1).

A estos actos del pontificado respondían frecuentemente los príncipes temporales con actos de sumisión y respeto, ó bien porque estaban dominados por las opiniones generales en aquellos desgraciados tiempos, ó bien porque no querían luchar contra preocupaciones á que no podían hacer frente con éxito feliz. Inglaterra, Dinamarca, Polonia, Nápoles y Suecia se reconocen como feudatarios de la Santa Sede; Enrique II dice al pontífice, *el reino de Inglaterra es de vuestra jurisdicción, y en cuanto al derecho feudal, yo solo dependo de vos*: Juan Sin Tierra cede á la Iglesia de Roma, al papa Inocencio III y á sus sucesores, el reino de Inglaterra y el de Irlanda con todos sus derechos, que solo retiene como vasallo del pontífice, y en prueba de sumisión, además del dinero de san Pedro, se obliga á pagar en cada año mil marcos de esterlinas, y sujeta á sus sucesores á sostener la donación, sopena de ser des-

(1) Gregorio VII pretendió que tenía derecho de disponer del imperio de Occidente, que los reyes de Alemania é Inglaterra le debían prestar homenaje como vasallos, que le correspondía la Sajonia como cedida á san Pedro por Carlomagno, la Hungría como donación de sus reyes, y la Dinamarca como prometida también al santo Apóstol; alegó derechos para obtener tributos de Francia y de Cerdeña, y se creyó dueño de Rusia, cediéndola á un hijo de Demetrio; excomulgó al rey Enrique IV de Alemania, y relajó por dos veces el juramento de fidelidad que le habían prestado sus vasallos, mandando que estos no le obedecieran, y que nombraran á otro en su reemplazo. Inocencio II dió la isla de Córcega á los genoveses, y la de Cerdeña á los de Pisa, con la condición de arrojar de ellas á los sarracenos: Urbano II y Pascual II excomulgaron á Felipe I de Francia. Este último pontífice sublevó contra Enrique IV de Alemania á sus propios hijos, é hizo desenterrar el cadáver del rey, para que se verificara la persecución de los príncipes excomulgados hasta el sepulcro; después excomulgó á Enrique V, cuyo brazo había armado contra su padre. Adriano IV obligó al emperador Federico Barbaroja á que le tuviera el estribo de su caballo, y Alejandro III lo excomulgó, autorizando á sus súbditos para que le faltaran á la obediencia: Inocencio III puso entredicho en todo el territorio que obedecía al rey de Francia Felipe Augusto, entredicho que fué observado con tanto rigor, que las iglesias estuvieron cerradas, y no se daba sepultura á los cadáveres. El mismo declaró en entredicho á la Inglaterra, sentenció á su rey Juan Sin Tierra á ser depuesto, ofreció su corona al rey Felipe Augusto, á quien antes había excomulgado, promoviendo contra él una cruzada, y declarando á todos los que contribuyeron á su pérdida, la misma protección que si visitaran el Santo Sepulcro. El mismo pontífice excomulgó una y otra vez al emperador Otón. Gregorio IX hizo otro tanto hasta por tres veces con el emperador Federico II de Alemania; excomunion que repitieron Inocencio IV y Martino IV, y lanzó también sus rayos contra el emperador Miguel el Paleólogo. Tal era la preponderancia á que había llegado en el siglo XIII la autoridad de la Iglesia en las naciones.

pojados de la corona. Por todas partes dominaban las doctrinas mas favorables á la autoridad eclesiástica, doctrinas que llegaron á tener la importancia de verdades religiosas.

¿Y qué sucedía en nuestra península? No se apreciarían debidamente las circunstancias del reinado de Don Alfonso X, buscando en la España gótica la disciplina de nuestra Iglesia en la primera mitad del siglo XIII. Es innegable que en los dos siglos que sucedieron inmediatamente á la invasión sarracena, eran escasas las relaciones entre la Santa Sede y nuestra Iglesia: no se debía esto á un fin político, sino á las guerras titánicas en que estaban empeñados nuestros padres, á la falta de medios de comunicación, y á la ignorancia de los tiempos: así aislada en cierto modo, la Iglesia española buscó dentro de sí misma todo lo que era necesario para su gobierno.

Mas á principios del siglo XI se aumentan ya las relaciones de nuestra Iglesia con la Santa Sede. Los legados pontificios que sucesivamente vinieron á España, el obstinado empeño de abolir el rito muzárabe sustituyéndolo con el romano, las agitadas cuestiones que con este motivo se suscitaron entre el legado Hugo Cándido y los obispos, el feliz éxito que aquel obtuvo en Aragón y en Navarra, y mas tarde en Castilla, consiguiendo la abolición de la liturgia española, á pesar de haber sido aprobada por el papa Alejandro II, al mismo tiempo que se concedían liturgias especiales á algunos institutos religiosos y la introducción de la reforma cluniacense en nuestros monasterios, fueron causas muy principales para que los pontífices fijaran sus miras en España, y tuvieran en ella una influencia antes desconocida.

La supresión del rito muzárabe fué precursora de la nivelación de la disciplina de nuestra Iglesia con la general, y puede decirse que á fines del mismo siglo quedó realizada. Admite y enaltece Aragón las órdenes militares de Jerusalem (1) extiéndose estas á Castilla, y creándose otras nuevas á su semejanza (2); los cluniacenses propagan las ideas del país de donde venían, y su influencia alcanza hasta introducir un cambio en la forma de la letra, sustituyendo la francesa á la antigua gótica, como al rito muzárabe había sustituido el romano; admítense institutos religiosos extranjeros, y á su vez nacen otros en España (3), y se difunden por todas partes respecto á la potestad espiritual las mismas doctrinas que dominaban en las demás naciones cristianas.

No era problemática en aquellos siglos la conveniencia de los nuevos institutos religiosos; alcanzaba al clero la ignorancia que estaba apoderada de las demás clases de la sociedad: hallábase relajada la disciplina de los antiguos monasterios y las costumbres del pueblo pervertidas. Los institutos religiosos nuevamente creados eran al contrario focos de saber, se distinguían por su laboriosidad, eran fieles observantes de sus reglas, y brillaban por el desinterés y las virtudes de sus individuos. Auxiliares infatigables de los obispos contribuían con su ejemplo y con su palabra á la causa de la civilización: estaba aun lejana la época en que había de ser necesaria su reforma.

El favor con que se miraba á los institutos religiosos, hizo que, á imitación de los demás pueblos, no se repugnase admitir sus exenciones, que desconocidas antes del siglo IX, se habían ya convertido en derecho en el XII; exenciones á que, por una anomalía singular, se dió el nombre de libertades, como si fuera sumisión indebida la dependencia de los superiores gerárquicos. A unas exenciones siguieron otras: si los institutos religiosos estaban emancipados del episcopado, nada podría oponerse á que las iglesias se emanciparan también de los obispos, y los obispos de los metropolitanos, y estos á su vez de la autoridad de los primados. En vano los obispos mas celosos levantaban su voz contra semejante estado de anarquía: el espíritu de la época se sobreponía á todo, y era necesario que vinieran tiempos de mas ilustración y mas concierto, para que las cosas lentamente salieran del caos en que las había sumido la barbarie de los siglos medios.

El estudio de las Decretales que la juventud castellana y aragonesa, participando del entusiasmo científico de aquella época, había ido á aprender á las escuelas de Italia, de donde se había difundido á las universidades de Palencia y Salamanca, contribuyó también muy eficazmente á que en España predominaran las ideas ultramontanas, consideradas entonces como la mas fiel expresión de la ciencia: entre los canonistas mas eminentes

(1) Don Alfonso el Batallador dejó por herederos de sus Estados á los caballeros del Santo Sepulcro, del Hospital y del Temple.

(2) A imitación de las órdenes militares de Jerusalem, se crearon la de los caballeros de las Palmas, que mandados por su maestre don García Sanchez, defendieron á Peñacadel, la de San Salvador contra los moros de Valencia, la del Redentor instituida en Teruel al tiempo de su conquista. Al mismo tiempo nacen en Castilla las órdenes de Santiago, Alcántara y Trujillo, la de San Miguel de Portugal, y en Cataluña la de San Jorge de Alfama, que corriendo el tiempo había de unirse á la de Nuestra Señora de Montesa.

(3) Cataluña fué la primera que admitió la Cartuja, y Aragón el orden carmelitano, mientras san Francisco extendía casi simultáneamente por todas partes la orden seráfica que acababa de fundar. Al mismo tiempo se crearon nuevas órdenes en España. Navarra fué la cuna de la de redención de cautivos, y Aragón, de la que con igual objeto fundaron Pedro Nolasco y Raimundo Peñafort, á los que la Iglesia colocó después en el número de los santos.

tes brillan algunos españoles (4) de fama europea, cuyos nombres pasan á la posteridad con veneración y con aplauso; la península había entrado ya por completo en comercio de ideas é intereses con las demás naciones de Europa, había olvidado sus tradiciones y apenas conservaba recuerdos de la monarquía gótica, y no pensaba en desenterrar leyes é instituciones heridas de muerte en el gran cataclismo de la destrucción del trono de Don Rodrigo.

En esta situación las pretensiones de los pontífices fueron iguales respecto á las coronas de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal que á los demás países cristianos. Lanzaron varios entredichos contra estas monarquías y excomuniones contra sus reyes. Gregorio VII había tenido ya la pretensión de que todos los reinos de España le pagaran un tributo, había amenazado á los reyes de Castilla con sublevar á sus súbditos, y á la familia conde de Barcelona con el arma terrible de la excomunion, y había cedido, por último, el territorio español al conde Eboly de Rucoy, suponiendo que antes de la invasión sarracena correspondía á san Pedro, segun documentos que se habían extraviado. Y si bien los reyes de Castilla sostuvieron entonces la dignidad de su corona, no sucedió lo mismo con los de Aragón Don Sancho García y Don Pedro I que se hicieron tributarios de la Santa Sede (2), y con el conde Don Berenguer Ramon de Barcelona, que sujetó á la ciudad de Tarragona á pagar un tributo á la Santa Sede (3), la cual, ocupada después por Pascual II, tomó bajo su protección á todo el condado, recibiendo en reconocimiento un censo anual (4).

No fueron menos importantes las pretensiones de los pontífices del siglo XIII sobre los diferentes Estados de la Península. Ocupaba el sòlio de Portugal Don Sancho II, príncipe indigno de la diadema real: los nobles y los prelados elevan sus quejas á Gregorio IX, que pone en entredicho al reino y excomulga al rey, le absuelve después, le señala la línea de conducta que debe seguir, y nombra comisarios para que vigilen su cumplimiento. Mas adelante Inocencio IV declara á Alfonso, conde de Boulogne, regente del reino, encendiendo una guerra civil en que sucumbió el rey legítimo, que murió en el destierro (5), sin que por esto se desprendiese el Pontífice de dar en lo sucesivo leyes para la dirección de los negocios del reino lusitano (6).

La historia de Aragón es entre las de la Península la que nos presenta mas pruebas de la constancia con que los pontífices procuraban extender su dominación en España. No era bastante que algunos reyes se hubiesen declarado feudatarios de la Iglesia. Don Pedro II, á quien la Santa Sede dió el título de Católico como para formar contraste con toda su vida y con la opinion que dejó á su muerte (7), pone la corona bajo los piés del papa para

(1) Citaré aquí solo los nombres de Bernardo de Compostela y de San Raymundo de Peñafort. El primero, á principios del siglo XIII, hizo la colección canónica conocida con el nombre de Compilación romana. El segundo redactó la colección de Decretales que lleva el nombre de Gregorio IX, por haber sido formada de orden de este papa, colección á que el mismo pontífice dió autoridad, y que es en el día la base del estudio del derecho canónico.

(2) Carta inserta en el cap. XIX del lib. IV de la *Historia de San Juan de la Peña* por Briz Martínez.

(3) Fray Sancho Lopez de Ayerbe, arzobispo de Tarragona, probó que este tributo era una mera oblacion, y se negó á pagarlo (*Viaje literario de Villanueva*).

(4) Este censo era de 30 maravedís de rédito anual (Apéndice núm. 1 del tomo XXI de los *Viajes de Villanueva*).

(5) Los prelados y señores de Portugal se quejaban de que el rey imponía enormes exacciones á los clérigos y monasterios; que por su negligencia no era respetada la propiedad de los clérigos y de los legos, y que impunemente se cometían toda clase de crímenes; que los nobles, y otros á su imitación, contraían matrimonios prohibidos, que despreciaban las excomuniones, y á pesar de ellas no dejaban de asistir á la iglesia y de recibir los Sacramentos, y que disputaban temerariamente sobre los artículos de la fe y pretendían explicarlos; que los patronos de las iglesias y monasterios, y otros que, sin serlo, se titulaban patronos, daban los bienes eclesiásticos á sus hijos ilegítimos, y llevaban á vivir dentro de los claustros de los regulares y á comer á sus refectorios á personas indignas y hasta á sus caballos; que impunemente se cometían raptos de mujeres y hasta de religiosas; que se atormentaba cruelmente á los labradores y mercaderes para arrancarles dinero; que dejaba el rey perecer las tierras de su dominación y que toleraba que los moros de las fronteras hicieran correrías en el territorio de los cristianos.

(6) Don Sancho II había dado á Don Alfonso el Sabio, cuando era aun infante, algunos de los pueblos de que se apoderó el regente de Portugal nombrado por el papa. A las quejas que sobre el despojo dió este, respondió el Pontífice: «Debeis saber que al establecer al conde de Boulogne para guarda del reino con el fin de que cesen los abusos intolerables que se cometían, no ha sido nuestra intención derogar en nada al derecho, ni á la dignidad del rey, si se hiciera capaz de gobernar por sí mismo. Así escribimos al conde que si ha excedido los límites que le hemos prescrito, ó si os ha causado algun agravio, inmediatamente lo repare.»

(7) Conocida es la liviandad de Don Pedro II y su muerte peleando á favor de los albigenses, después de haber sido el primer rey que encendió hogueras para castigar á los herejes, como lo hizo en odio á los valdenses. Esto tiene cierta semejanza con lo que siglos después sucedió con Enrique VIII de Inglaterra, á quien el papa dió el dictado de Defensor de

recibirla de su mano (1), ceremonia no seguida después en Aragón, ni imitada en Navarra ni en Castilla (2); renuncia al derecho de patronato reconocido por Urbano II á los reyes de Aragón en las iglesias que arrancaban de la dominación de los infieles, y declara sus dominios feudatarios de la Santa Sede, declaración que fracasó por la noble altivez de los aragoneses que no quisieron rendir vasallo por un territorio conquistado con su sangre (3). Ni el glorioso reinado de Don Jaime el Conquistador, que tan bien mereció de la cristiandad por sus altos hechos, que treinta veces entró en lid con los moros, siendo siempre vencedor, que dedicó al culto cristiano dos mil iglesias, y que lanzó para siempre la media luna de Valencia y de Mallorca, poniendo la cruz del Gólgota sobre sus almenas, estuvo libre de las excomuniones del Pontífice ni su reino de entredichos. Pero en el reino de Don Pedro III es cuando crecieron en gravedad las pretensiones de la Santa Sede. Motivos exclusivamente políticos mueven al papa Martino IV á tomar parte por Carlos de Anjou, y á procurar dar á las armas francesas, con el arma espiritual de las excomuniones, la preponderancia que Dios había concedido en la guerra á las banderas de Aragón. Excomulgó al rey, le priva de la corona, busca á Felipe el Atrévado para perpetuar en uno de sus hijos el trono aragonés, y como si esto fuera poco, quiere hasta establecer el derecho público de un pueblo tan célebre por su amor á la libertad é independencia, que fuera su feudatario, que le pagara tributo y que quedara ligado para siempre á las condiciones que imponía al usurpador á quien regalaba la corona. Pero Dios favoreció la causa de la justicia: en vano el papa publicó una cruzada; en vano concedió á los que en ellas se alistaban las mismas indulgencias que á los que iban á medir sus armas con los infieles; en vano el rey de Francia levantó un ejército numeroso para conquistar á Aragón: Don Pedro, que al ceñir la corona había dicho que no la tomaba ni por la Iglesia ni contra la Iglesia, que se mostró siempre católico respetuoso á la Santa Sede en medio de sus injusticias, que cerrando los oídos á los consejos de prelados piosísimos, hacía observar el entredicho impuesto al reino, formaba con su moderación y piedad un singular contraste con los cruzados, que profanando y despojando los templos de Cataluña, insultando las reliquias de los santos, y cometiendo todo género de desafueros y torpezas, solo volvieron á Francia por la piedad del generoso monarca aragonés, que en medio de su triunfo contenía la indignación de sus soldados, diciéndoles: « Tened misericordia de ellos, como Dios la ha tenido de nosotros. »

Pero ni aun después de este triunfo cesaron las pretensiones de la Santa Sede. En el mismo siglo vemos que Honorio III excomulgó á Alfonso III de Aragón por motivos políticos también, y que este rey, menos firme ó menos afortunado que sus antecesores, solo obtuvo la absolución ofreciendo pagar un tributo y reconociendo obligaciones que sus gloriosos padre y abuelo siempre habían rechazado, y que rechazó de nuevo Don Jaime II, titulado el Justo.

También alcanzaron al reino de Navarra los entredichos de Roma en tiempo de Teobaldo I.

Tal era el estado de las relaciones del mundo cristiano, y particularmente de España, con la Santa Sede en el siglo XIII. Y en tales circunstancias, ¿qué podía, qué debía hacer Don Alfonso? ¿Acaso ponerse en contradicción con las opiniones dominantes, levantar una cruzada contra lo que sus súbditos creían más cristiano, apartar de su lado á los hombres sabios que eran los que de mejor voluntad le apoyaban en su empresa civilizadora, y dar á sus enemigos armas de mejor temple que las que esgrimieron con pretextos más livianos, menos populares? El Rey Sabio no fué el que introdujo en la gobernación del Estado las doctrinas ultramontanas: siglo y medio hacía que servían para fijar las relaciones entre el sacerdocio y el imperio (4): no las combatió, es ver-

la fe, de que aun blasonan los jefes de la Iglesia Anglicana. Habiendo sido uno de los príncipes que más se distinguieron en sus persecuciones contra los herejes, fué después un herejarca de los que más han perjudicado al catolicismo.

(1) El papa ponía el pie sobre la corona, según el ceremonial de aquellos tiempos.

(2) Pedro IV de Aragón colocó con sus propias manos la corona sobre su cabeza á pesar de la resistencia que á ello opuso el arzobispo de Zaragoza. En el ceremonial que para las coronaciones publicó el mismo monarca en 20 de enero de 1353 se establece que *tome el rey la corona del altar, y él mismo se la ponga en la cabeza sin ayuda de otra persona*. Don Alfonso XI, según la descripción que de su coronación hace Juan Nuñez de Villarin, cogió también la corona de encima del altar y se la puso en la cabeza. En la nueva recopilación de los fueros de Navarra, hecha en las Cortes de Pamplona en 1512, se refiere con todos sus pormenores la coronación de la reina Doña Catalina y de su marido Don Juan, y allí se dice que cada uno tomó su corona de oro del altar y se la puso sin otro auxilio sobre la cabeza. Napoleón I á principios del presente siglo imitó estos ejemplos.

(3) Zurita. — *Anales de Aragón*, lib. II, cap. LI.

(4) Marina, cuyo testimonio no puede parecer sospechoso por lo mismo que es el que más ha censurado la conducta de Don Alfonso por las doctrinas que adoptó en la partida primera, dice á este propósito: « Estas novedades y otras ocurridas en la disciplina eclesiástica de España, no comenzaron hasta principios del siglo XII, y se deben considerar como consecuencia de la malapolítica del rey Don Alfonso VI, porque antes de esta época, dice la historia Compostelana:

dad, las insertó en las Partidas, pagó su tributo á la época, se acomodó á lo que todos reputaban entonces como más ortodoxo, siguió lo que los hombres de la ciencia recomendaban, no fué tan atrevido y tan innovador como lo había sido en otras materias de su gigantesca empresa, huyó de introducir cambios en la disciplina eclesiástica, causas de tantos desacuerdos entre el pontificado y las potestades temporales, no quiso arrojar una tea encendida á tantos materiales inflamables.

Y es cosa singular: los mismos que atacan en este sentido á Don Alfonso el Sabio, nada dicen de Don Jaime I; los que impugnan por ultramontanas las Partidas, nada dicen del primer Código de los fueros de Aragón; los que llaman á los redactores del Código Alfonsino destructores de la disciplina de la Iglesia española, no encuentran una sola palabra de reprobación contra la obra del obispo don Vidal de Canellas. Pues qué, ¿eran menos favorables á la potestad espiritual las Partidas que los fueros de Aragón? ¿No sería más fecunda en malas consecuencias una ley viva que una obra que por mucho tiempo no tuvo más carácter que el doctrinal, y que al fin solo fué admitida en determinados puntos como reguladora del derecho público de Castilla? Uno y otro libro eran el reflejo de las opiniones dominantes, y llevaban impreso el sello de su siglo.

Sin embargo, en medio de todo, hicieron las Partidas dos declaraciones importantísimas que, en días más prósperos, habían de utilizar los esclarecidos varones que, con tanto tesón como buen éxito, fijaron los límites de las potestades eclesiástica y civil: el real patronato y la consignación de que las exenciones del clero son una emanación de las leyes. El patronato real se explica allí con los mismos fundamentos en que ha sido sostenido hasta nuestros días: y respecto á las franquicias de los eclesiásticos y de la Iglesia, no pueden ser más explícitas sus declaraciones; ningún regalista ha ido más adelante (1).

Pero necesario es reconocerlo: el estar escritas en las Partidas máximas ultramontanas, las extendió más y más, y les dió una autoridad que no hubieran tenido como costumbres en las vacilaciones de la política y en el continuo vaiven de los tiempos: así es, que si en el siglo XIII no causaron trastornos, es innegable que en lo sucesivo hicieron más difíciles las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

No menos visible, no menos marcado que el progreso legislativo, fué el empuje que dió Don Alfonso á las letras y á las ciencias. Jamás ha ocupado el solío un monarca que, con su ejemplo, hiciera más para difundirlas en todas las clases. La flexibilidad de su talento, sus profundos estudios, la extensión y prodigiosa variedad de los conocimientos que atesoraba, le dieron la ventaja que ningún príncipe ha tenido en tan alto grado, de ser en la senda de la civilización el maestro y el legislador de los castellanos. Filólogo, poeta, juriseconsulto, histo-

« Nullus equidem Hispanorum episcopus sanctæ Romanæ ecclesiæ. matri nostræ servitii aut obedientiæ quidquam tunc reddebat, Hispania Toletanam, non Romanam legem recipiebat. » Pero desde entonces ya comenzaron los papas á desplegar su autoridad y extenderla en estos reinos, no solamente sobre materias eclesiásticas, sino aun sobre asuntos políticos. Habiendo renunciado el obispado de Lugo su prelado Pedro II y admitiéndosele la renuncia en el Concilio de Palencia del año 1113, el cabildo y pueblo eligieron al capellán de la reina Doña Urraca, que se llamó Pedro III, con cuyo motivo don Bernardo, arzobispo de Toledo, legado de la Silla apostólica, escribió á los obispos de Santiago, Tuy, Orense y Mondoñedo, á fin de que le informasen acerca de la legitimidad de la elección, como lo hicieron asegurándole haberse verificado cuanto se necesitaba para una elección canónica. La reina Doña Urraca trasladó á Valbrija la Sede episcopal de Mondoñedo, y señaló y confirmó los términos del obispado; pero se nota en la escritura otorgada en esta razón, haberse ejecutado todo esto con autoridad del papa. Es cosa cierta y averiguada, decía la reina, « auctoritate domini Papæ et Toletani Archiepiscopi, sicut in Palentino Concilio ab eodem Archiepiscopo, et a quamplurimis Episcopis, et Regina et comitibus Hispaniæ fuit pertractatum, et certa ratione perconfirmatum, Mundionensem sedem esse mutatam et positam in Vallibriensi loco. » Por la escritura de concordia otorgada por los prelados de Oviedo y Lugo sobre términos y bienes de sus respectivos obispados en el Concilio ó Cortes de Salamanca, celebradas por Don Alfonso VII, que logró ver concluidas por este medio las disensiones de aquellos prelados, se muestra que este soberano intervino en este negocio con permiso de la curia romana: « Cui ad hoc tractandum erat amor summus et devotio: nec non á Romana curia hoc agendi data simul et injuncta permissio. » Es muy notable la cláusula que introdujo el emperador en otra escritura otorgada á favor de la iglesia de Oviedo, concediéndola varios bienes en lugar de los que esta había cedido á la de Lugo; dice: « Que viendo á estas iglesias in magna fatigatione positas... quia mihi á Deo et á Sede apostolica in penitentiam et remissionem peccatorum meorum commissum est ut ecclesias Dei diligam, et inter eas pacem reformem. »

(1) La ley 50 del tit. VI de la part. I empieza con estas notables palabras: « Franquezas muchas han los clérigos, mas que otros omes, también en las personas, como en sus cosas, é esto les dieron los emperadores, é los reyes, los otros señores de las tierras, por honra, é por reverencia de Santa Iglesia. » Lo mismo que esta ley dice de los eclesiásticos, lo repite el preámbulo del tit. VI de la misma partida, hablando de la Iglesia. « Privilejos, é grandes franquizas han las Iglesias, de los Emperadores, é de los Reyes, é de los otros Señores de las tierras. »

riador, químico y astrónomo, fué un fenómeno de saber en su siglo, y bajo este aspecto, un modelo para los reyes y para los pueblos.

El desaliño é incultura del habla castellana encuentra en él un reformador inteligente y atrevido, que le da riqueza, expresión y armonía. Nada de lo escrito en aquel siglo y en el siguiente es comparable al lenguaje castizo claro y elegante de las obras legislativas del gran rey al rigor con que se usan las palabras, á la observancia de las reglas del arte gramatical. La transformación del dialecto en idioma es tan rápida como feliz; el genio que legisla en Castilla es el gran maestro de su lengua.

En ella canta los objetos de su culto y veneración, y sus tristes querellas, narra el primero los grandes hechos de la historia nacional, libertando de la saña del tiempo los secretos sepultados en los archivos, y queriendo que no pase desatendida ninguna locución poco castiza, toma la enojosa tarea de corregir por sí mismo las faltas que nota en las traducciones que manda hacer de diferentes libros astronómicos. Ya en adelante, ni las leyes, ni los actos de la vida civil se redactarán en una lengua extraña: al latín degenerado, á esa mezcla bárbara de palabras latinas y romanceadas, sustituye la majestuosa lengua que, enseñoreándose sobre los usos locales y perfeccionada por los clásicos del siglo XVI, se hizo digna de ser hablada por tantos millones de habitantes de ambos hemisferios.

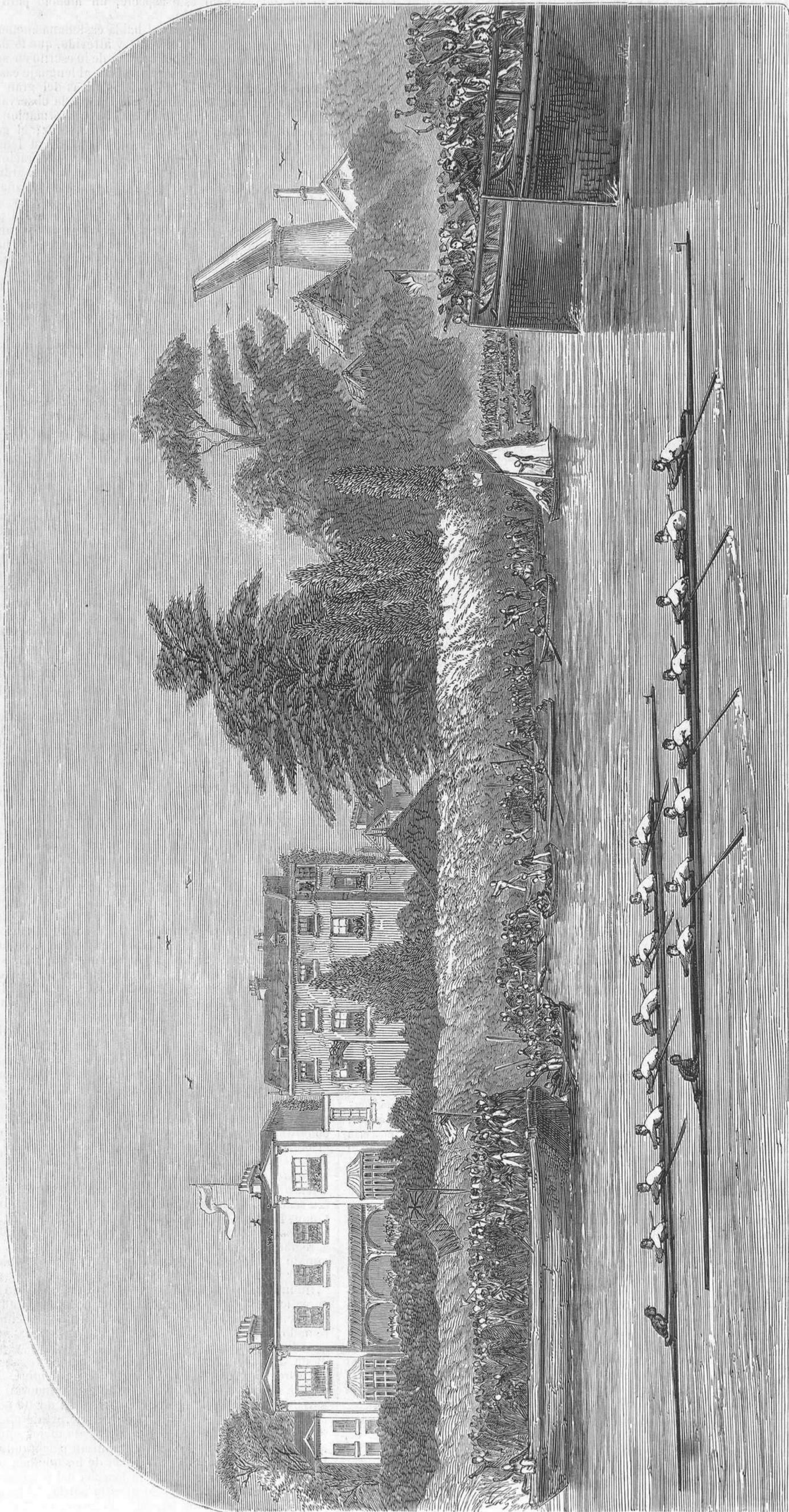
Cuanto conduce á adelantar la instrucción y á extenderla, encuentra en él un protector apasionado. Dicta preceptos á los estudios generales, establece en ellos maestros de las artes y de decretos y señores de leyes, quiere que solo se creen en pueblos de salubridad conocida, de agradable aspecto, abundantes de subsistencias, y de comodidad para los que muestran los saberes y para los escolares, ofrece á unos y á otros seguridad en sus personas y en sus bienes, ordena justas recompensas para los que en el magisterio ayudan á la gran obra que había emprendido, prescribe reglas minuciosas de disciplina académica, y extiende su cuidado á que no carezcan de libros los que concurren á las escuelas. No satisfecho aun con esto, no creyendo aun bastante que la investidura de los grados académicos elevara á la nobleza, concede á los profesores de derecho señaladas distinciones, les facilita el acceso al rey, aumenta su consideración ante los tribunales, y á los veinte años de enseñanza les da cabida en la nobleza titulada. Así la profesión de las letras quedó igualada á la de las armas; se colocó al lado de la nobleza de sangre, y de la que daba el ejercicio de la guerra otra nobleza más ilustrada que, rivalizando con ellas en un principio, había de concluir por dominarlas.

La Universidad de Salamanca es la que más participa de los cuidados del rey; la enriquece con privilegios, la dota con generosidad, fija los estudios que en ella deben enseñarse, y la deja establecida sobre bases tan sólidas, que ni las vicisitudes de los tiempos, ni las guerras, ni los cambios dinásticos le quitan su importancia por el espacio de seis siglos, durante los cuales, aunque con desigual fortuna, y participando á su vez de la decadencia general de nuestra patria, hace grandes servicios y conquista páginas brillantes en nuestra historia literaria.

Y digno de notar es que, cuando se trataba de empresas científicas, nada parecía costoso al Sabio Rey: buscaba solo el mérito y el saber: para la formación de las tablas alfonsinas admitía á los judíos y á los árabes al lado de los cristianos, llamaba á los astrónomos de Egipto, de Gascuña y de París, los tenía cerca de su persona, y reconociendo que la ciencia es cosmopolita, rompía las barreras que le aislaban, y se aprovechaba de las luces de todos los sabios. Lección elocuente, que si no se hubiera olvidado en los siguientes siglos, habría evitado que llegara España al gran período de decadencia de que procura salir á costa de tantos afanes.

Al lado de estas glorias agrega Don Alfonso otra muy importante, la de ser el creador de nuestra marina. Él fué el primer rey de Castilla que le dió una ordenanza, quien la organizó de un modo permanente, quien puso á su cabeza un adelantado, quien creó el primer arsenal y la primera atarazana. Conocía que en gran parte el porvenir de Castilla consistía en la marina, y como inspirado por un espíritu profético, decía al crear el adelantado mayor de la mar, que lo hacía *por gran saber que habemos de llevar adelante el fecho de la Cruzada de allende del mar, á servicio de Dios y exaltamiento de la cristiandad y por pro de Nos é de nuestro señorío*. Un adelantado de la mar, el gran almirante Colón, llevaba, mas de dos siglos después, la religión, los usos y costumbres, y la magnífica lengua de Castilla á regiones desconocidas, ensanchando los límites del mundo y haciendo del trono de Don Alfonso el Sabio el primer trono del Universo.

Hé indicado someramente, como la índole de este discurso lo permite, la influencia que en política, en administración, en las ciencias y en las letras ha ejercido el reinado de Don Alfonso X en los siglos posteriores. Reseña ligera, limitada á apreciaciones generales y poco digna sin duda de su objeto, cuya grandeza no cabe en los estrechos límites de una disertación académica. Si el siglo XIII en su rudeza no alcanzó á comprender al monarca castellano, si este tuvo la desgracia de no poder dominar las preocupaciones que le sobrevinieron, en cambio edades de mayor ilustración y de mejor sentido en las artes de gobierno le indemnizan celebrando su nombre y lamentando la ceguera de los que con oposiciones facciosas retardaron la marcha del progreso social, intelectual y político en nuestra patria. El trascurso de seis siglos no ha borrado sus leyes: estas vivirán eternamente, premio reservado á las obras superiores



INGLATERRA. — Las regatas del Támesis. — Carrera de honor entre las Universidades de Oxford y de Cambridge.

que mas que á una época, ó á una nacion, pertenecen á todos los siglos, á todo el género humano, y cuando llegue el dia en que á impulso de las nuevas necesidades reciba el derecho escrito otra forma, á él trasmigrará el espíritu de las leyes de Don Alfonso, porque son la expresion mas fiel de la justicia.

HE DICHO.

LAS

Regatas en el Támesis.

El miércoles 6 de abril Londres presentaba un singular espectáculo: las calles de la inmensa poblacion, tan animadas siempre, estaban desiertas y no era posible encontrar un vehículo en ninguna parte. Es que aquel dia tenia efecto un acontecimiento solemne, se inauguraba la estacion de las regatas con la carrera de honor que se disputan todos los años las dos embarcaciones fletadas por la Universidad de Oxford y por la de Cambridge.

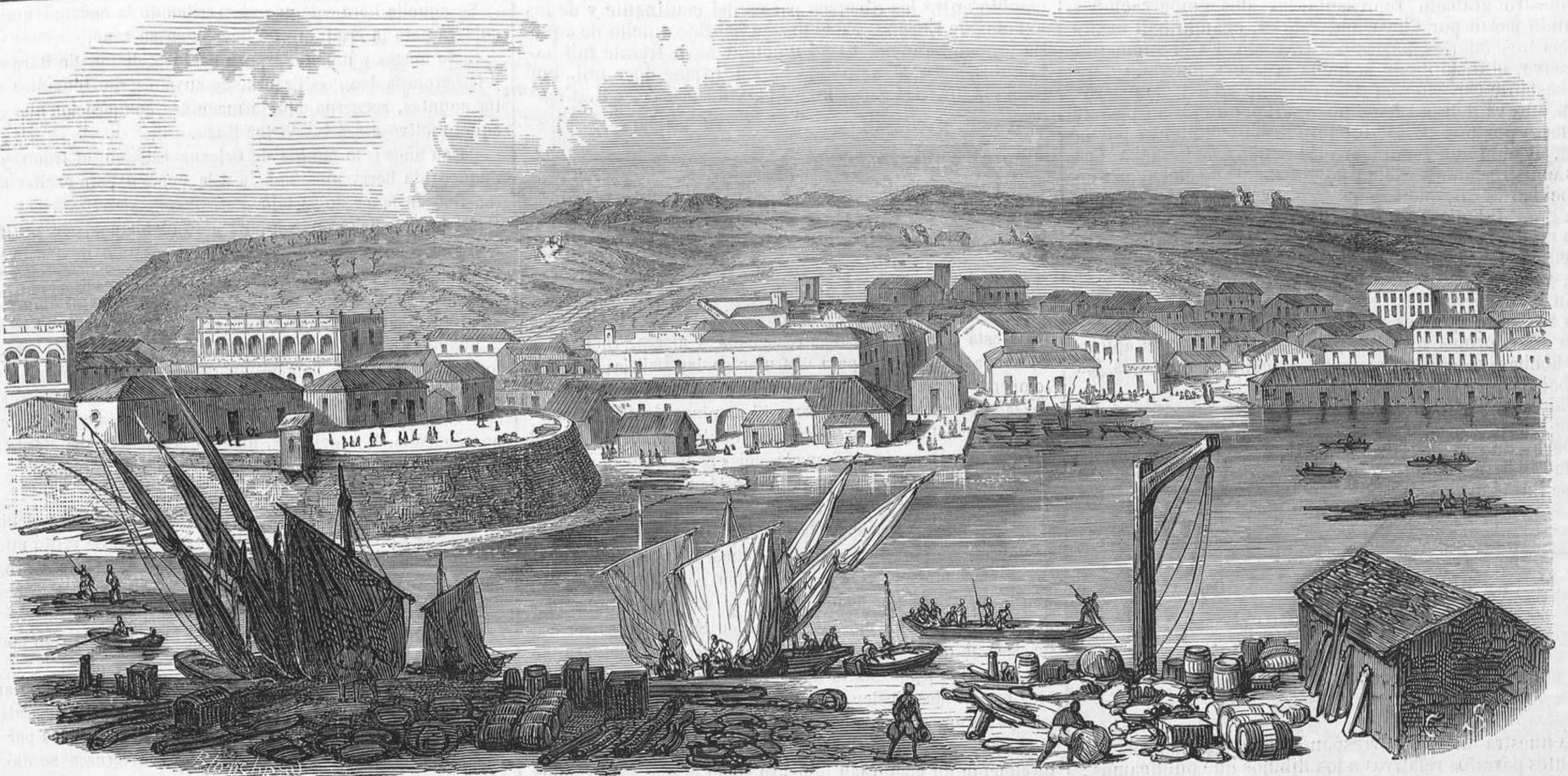
Aquel dia Londres no estaba en Londres, sino que se hallaba en masa en las orillas del Támesis. Habia gran interés en saber si Cambridge, que ha sufrido nueve derrotas consecutivas, iba á ganar por fin, ó si Oxford, que el año último puso el colmo á su gloria derrotando no solo á Cambridge sino á los campeones de la joven América, representados por una diputacion que envió la Universidad de Harvard, iba á consagrar con un nuevo triunfo su fama de invencible.

Es difícil dar una idea cabal y exacta del entusiasmo que inspiran á los ingleses estas carreras.

En la primavera de cada año, segun hemos dicho, los estudiantes de Oxford y los de Cambridge eligen los ocho remeros mas diestros y robustos de la Universidad para disputarse la palma, y en cuanto se designan los diez y seis competidores y se publican sus nombres en los periódicos, comienzan los preparativos de la lucha. Desde aquel momento todo buen inglés tiene una idea fija que se añade en su espíritu á los cuidados del comercio y á las preocupaciones de la política: ¿Quién se llevará la victoria, Oxford ó Cambridge?

Los periódicos no se contentan con decir los nombres de los competidores, sino que expresan tambien su edad, su peso, su talla y hasta el color de su pelo. Si uno de ellos viene á caer malo, emprenden la publicacion de un boletín relativo á su salud hasta que se halla enteramente restablecido. Todos los dias se hacen ejercicios preparatorios, y diariamente tambien los periódicos mas graves, como el *Times*, dan cuenta circunstanciadamente de esas pruebas particulares con largos comentarios sobre las probabilidades de los diversos competidores, sobre su modo de remar, sobre la fuerza de resistencia ó el cansancio de cada hombre, y á todo esto se hacen apuestas.

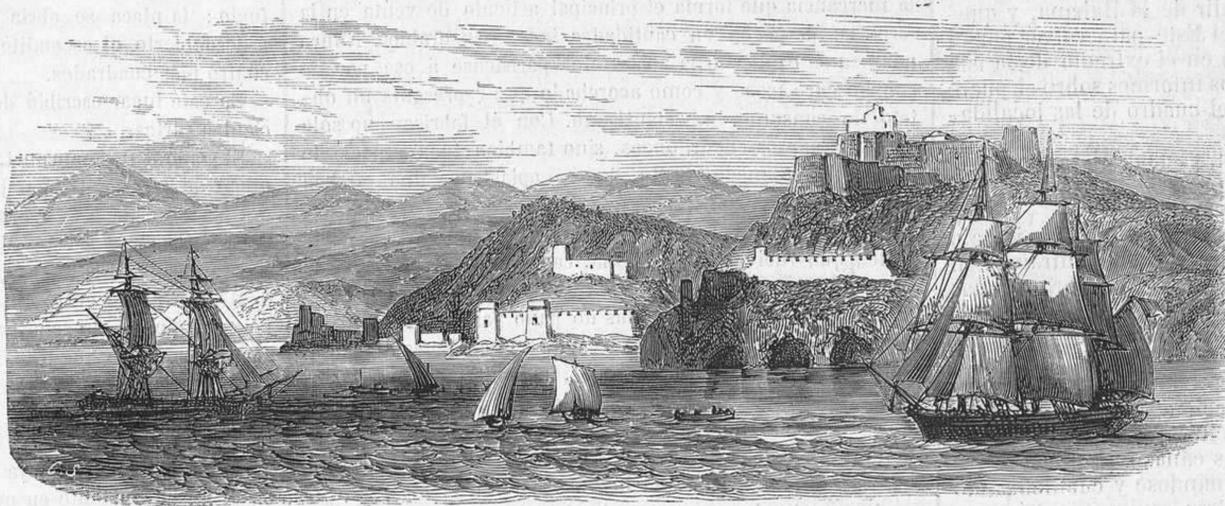
Por fin llega el momento de la lucha, que es siempre un dia de trabajo, pues se faltaria al respeto al Señor si se eligiera un domingo para una solemnidad profana. Pero no por esto deja de acudir gente, muy al contrario: las oficinas de la Cité están desiertas, la Bolsa vacía, y cuantos vehículos hay en Londres, desde el coche de gran lujo del par de Inglaterra hasta la carreta mas ínfima, se encuentran en el camino de Hammersmith y de Putney. Los caballos llevan cintas azul oscuro ó azul claro, segun las inclinaciones de su dueño hácia Oxford ó Cambridge; to-



ISLA DE CUBA. — Vista de Matanzas

dos los hombres llevan escarapelas y los dos colores se reproducen hasta en los velos y los vestidos de las señoras. Por fin, á la hora designada para ponerse en marcha, toda la poblacion de Lóndres entra en movimiento y se escalona en las dos orillas del rio.

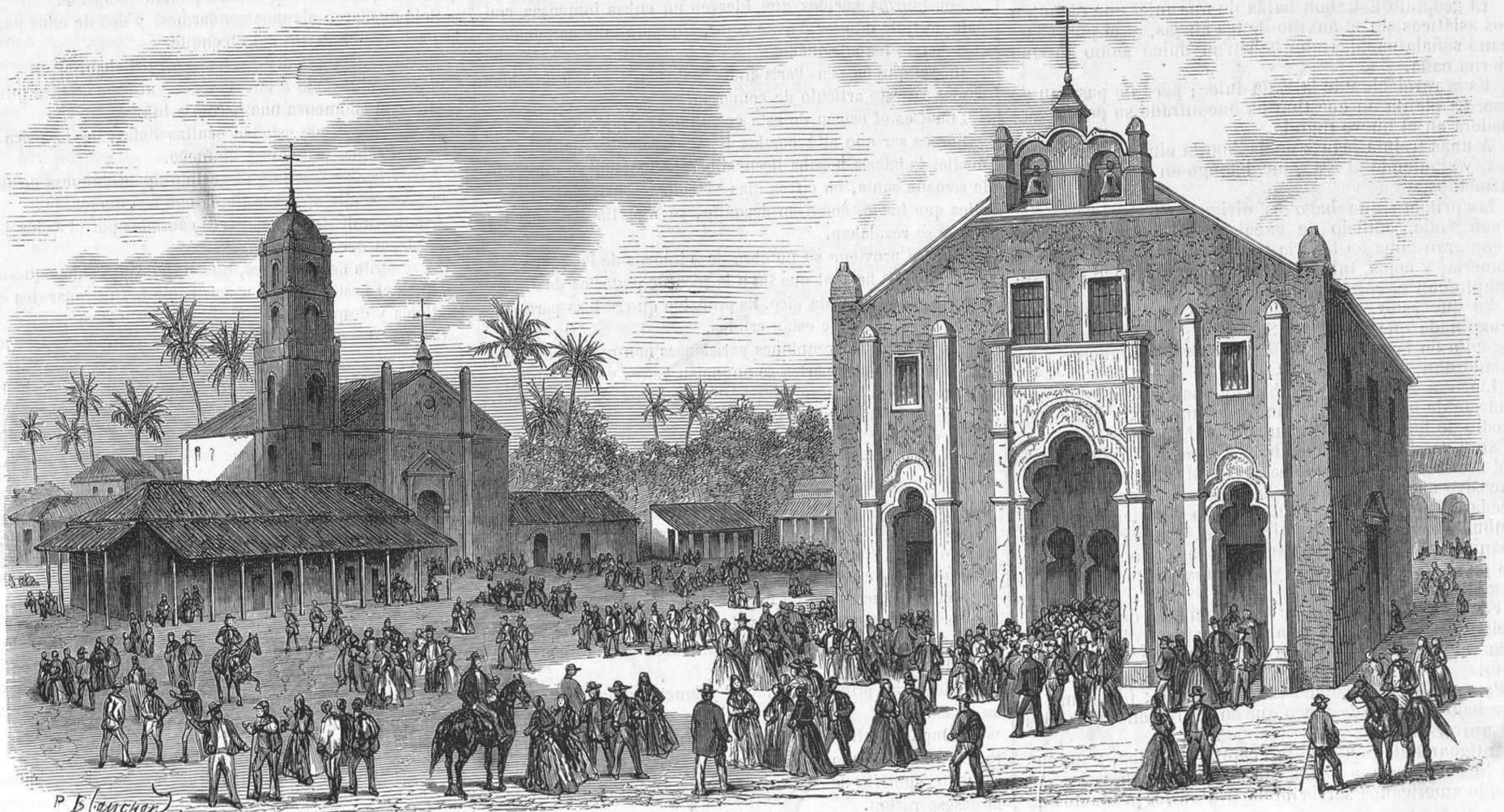
La pista se extiende de Hammersmith á Cheswick en un trayecto de 5 kilómetros, y no se recorre mas que una vez, pues la carrera se hace en línea recta, y las embarcaciones no vuelven á su punto de partida



Entrada del puerto de Santiago.

De aquí resulta que los espectadores apostados cerca del punto de llegada no ven la salida y vice-versa; pero una vez que se sabe el resultado, la gran noticia se propaga con bastante rapidez para subir la corriente con mas velocidad que las dos embarcaciones bajaron.

Este año se ha aclamado el nombre de Cambridge. Cambridge ha triunfado por fin, al cabo de nueve años de derrotas. Oxford se quedó atrás un largo, y el trayecto se efectuó en 22 m., 3 s. y 1/5.



La iglesia del Buen Viaje en San Juan de los Remedios.

P. Blancher

Nuestro grabado representa las dos embarcaciones cuando pasan por Cheswich, esto es, cuando han hecho ya las tres cuartas partes del trayecto. Es el momento decisivo, el instante de la lucha suprema, pues aun queda bastante espacio que recorrer para que la embarcación que va detrás reconquiste lo perdido: un postrer esfuerzo por una parte, un leve desfallecimiento por la otra, pueden aun modificar el desenlace de la lucha. Las dos embarcaciones vuelan por la superficie del agua: su velocidad es tal, que los dos *steam-boats* que les siguen, con gran dificultad no se quedan rezagados. A bordo de uno de esos dos vapores están los comisarios encargados de cuidar de que en la lucha no se infrinja ninguna regla; y en el otro van los representantes de la prensa.

En estas carreras se apostaron millones. Las ganancias realizadas por los partidarios de Cambridge han debido ser enormes, á juzgar por la elevación de las apuestas hechas sobre Oxford, que parecia tener todas las probabilidades del triunfo.

Tal es el resumen de la jornada cuya solemnidad no tiene igual en los anales del *sport* inglés, si se exceptúa el Derby de Epsom. Dícese que los estudiantes de Cambridge habian resuelto renunciar á la lucha si esta vez no se llevaban la victoria.

P. P.

Isla de Cuba.

NOTAS DE VIAJE.

De nuestra última correspondencia tomamos los siguientes párrafos relativos á los dibujos que publicamos: ... He formado el proyecto de viajar por la isla yendo indiferentemente de un puesto á otro, mas como artista que como topógrafo, deteniéndome donde encuentre cosas que me llamen la atención, y huyendo á toda prisa de los sitios que no me gusten.

Bajo este concepto, voy á salir de la Habana, y queriendo comenzar mi viaje por el Este para volver por el Sur, despues de haber saludado en el extremo de la isla á Santiago de Cuba, pido algunos informes sobre el puerto de Matanzas, que figura en el cuadro de las localidades contiguas.

— ¡Precioso punto! me dicen. ¡Buena plaza, buen comercio y buenos ingenios!

El que hablaba así era un comerciante.

Con efecto, me resuelvo á visitar Matanzas. Me instalo á bordo del vapor, y algunas horas despues entramos en la magnífica bahía de Matanzas, que se abre á unas veinte leguas de la Habana.

Encuentro en Matanzas una poblacion muy ocupada. El azúcar de esta localidad pasa por la mejor de la isla, y mucha gente se ocupa en su produccion, su exportacion, y en las numerosas transacciones á que da margen.

Los campos de caña se pierden de vista en las inmediaciones. Es maravilloso ver las cañas que suben á tres y cuatro metros del suelo, inclinándose y cuchicheando al soplo de la brisa como nuestras espigas de trigo en Europa.

¡Quién podria pensar que la América no es mas que la madre adoptiva de esa gigantesca gramínea! Los antiguos, griegos y romanos, vivieron á su lado sin sospechar que podia sacarse de ella tan preciosa sustancia.

El geógrafo Estrabon habla de una miel que obtenian los asiáticos sin el auxilio de las abejas, y el poeta Lucano señala pueblos que beben el dulce zumo de una lierna caña.

Es la revelacion de la caña dulce; pero no pasaron de eso. La planta en cuestion ha encontrado su patria verdadera en el nuevo mundo.

A unas treinta leguas de la bonita ciudad de Matanzas, y siguiendo al Este, me detengo en San Juan de los Remedios.

Lo primero que hago es dirigirme á la iglesia del Buen Viaje, edificio de excelente construccion, y que tiene gran fama en toda la isla. De muy lejos se hace la romería, y cojos, tullidos y moribundos acuden al santo templo con el corazon henchido de esperanza.

Yo que estoy en perfecta salud, á Dios gracias, no tengo nada que hacer en San Juan; no cuelgo ningun *ex-voto* en la pared, y me limito á ver los muchos que la adornan.

Llego á Santiago de Cuba, que se eleva al extremo sudeste de la isla, en el fondo de una ancha bahía, en medio de territorios accidentados y desiguales.

Aquí veo tambien calles bien alineadas, tiradas á cordel casi todas ellas; pero bastante estrechas. El calor es excesivo aun á la sombra; las montañas que tienen rodeada á la ciudad como un circo, la convierten en un embudo tórrido. ¡Aire! ¡Aire! es el deseo general. Los abanicos trabajan continuamente; todas las ventanas y las puertas están abiertas, y sin embargo, todo es inútil, la gente se sofoca.

Fácil es comprender que en una ciudad de tales condiciones el vómito negro haga estragos. ¡Ay! de los recién venidos si llegan en la época en que reina el vómito.

Pero el hombre se acostumbra á todo: lo mismo se vive bajo un cielo de fuego que en las regiones mas frias del universo.

Antiguamente Santiago fué capital de Cuba, y entonces llegó á ser una de las plazas mas comerciales del mundo americano; servia de depósito á los productos de

cambio entre los diversos países del continente y de los Estados de Europa. En el dia ha perdido mucho de aquella preponderancia. Llegó á contar hasta treinta mil habitantes, y en la actualidad apenas tiene doce mil. Fué fundada en 1514 por Diego Velazquez.

R. C.

Revista de Paris.

La Pascua nos ha traído el buen tiempo. La poblacion de Paris está toda en las calles regocijada y alegre. Todo sirve en el dia de pretexto para disfrutar de las delicias de una temperatura como solo se conoce en los países que tienen verdaderamente una primavera. El domingo fueron las carreras de caballos en el bosque de Boulogne; el lunes y el martes la curiosa feria llamada del « pain d'épices » en el arrabal de San Antonio. ¡Qué inmensidad de gente! Cuantas veces nos es dado contemplar el espectáculo de esa muchedumbre, debemos eeder á la tentacion de expresar nuestro asombro, porque, á la verdad, el cuadro es admirable bajo todos conceptos. Pero eso sí, tambien es indescriptible. El que no ha contemplado una vez en su vida esas multitudes que siguen en masa una misma via, en tanto que los coches, de seis ú ocho en fondo, ocupan la calzada del camino con direccion á un punto determinado, no puede formarse idea por la descripcion escrita que jamás puede pintar la verdad ni aproximadamente.

La feria del « pain d'épices, » ya nombrada, no reúne naturalmente un gentío tan inmenso como el que se encamina al hipódromo del bosque de Boulogne; pero, sin embargo, es de todos modos bastante numeroso para que la circulacion en la ancha calle que forma el arrabal de San Antonio, sea á ciertas horas punto menos que imposible. En cuanto á la mercancía que forma el principal artículo de venta en la feria, se despacha en cantidades inconmensurables. Nunca nos hemos explicado la aficion del parisiense á ese pan de color oscuro, soso y como acorchado que representa un objeto de consumo importantísimo. Con él fabrican no solo grandes pedazos cuadrilongos, sino tambien toda especie de personajes de medio bulto, figuras aplastadas que ofrecen cierta semejanza con las toscas imágenes de los bajo-relieves del antiguo Egipto. Al caer la tarde es curioso ver el desfile de los que vuelven de la feria, cada uno trayendo en la mano una de esas celebridades de masa indigesta, y que por su color parecen todas vestidas de paño pardo. Pero en fin, como de gustos no hay nada escrito, segun dice sentenciosamente la sabiduría de las naciones, nada diremos contra este, á pesar de lo repugnante que aparece á nuestros ojos, y antes bien celebraremos la sempiterna prosperidad de el tal artículo de industria y de comercio.

Otro hay tambien que en los dias de pascua alcanza proporciones colosales, y es el de los huevos encarnados, de los cuales, segun la estadística, se consumen la friolera de 70 millones.

A cualquiera parte adonde se vuelva la vista, se descubre efectivamente el cestito de huevos encarnados.

Son huevos cocidos que hierven en cubas inmensas con palo de tinte que les da ese color, sin duda muy agradable á los ojos de los aficionados.

Dícese que hay en Paris industriales que ganan crecidas sumas en este artículo de comercio.

¿Cuál es el origen de esta costumbre?

Parece ser que allá por los tiempos remotos de la edad media, la iglesia negaba licencia para comer huevos durante la semana santa, en cuyos dias se aglomeraban millones de ellos que luego, como en desquite, se repartian con profusion y se regalaban.

De aquí proviene su nombre de « huevos de Pascua. »

Por lo que hace al que tuvo la idea de pintarlos de encarnado, la crónica nada dice. Es probable que se hizo para distinguirlos de los que están crudos.

A todo esto, las reuniones parisienses han recobrado nueva vida. Por todas partes se anuncian bailes y conciertos, y á juzgar por estos anuncios podemos asegurar de antemano que la despedida será brillante.

Sin embargo, una noticia fúnebre ha venido á cerrar de repente las puertas de muchos salones en el barrio aristocrático: ha muerto la duquesa de Berry.

La baronesa Jenny d'Erdeck ha publicado con este motivo en el *Moniteur* interesantes detalles sobre la muerte del duque de Berry y sobre la campaña que la duquesa hizo en la Bretaña doce años despues.

Sabido es que el duque de Berry fué herido á su salida de la ópera el domingo de carnaval 13 de febrero de 1820.

La duquesa de Berry demostró un valor extraordinario en tan terrible prueba.

Subieron al príncipe herido al saloncito situado detrás de su palco.

M. Dupuytren llegó á la una y la duquesa asistió á la operacion que debió practicar el eminente cirujano.

Estaba cubierta de sangre, pero muy serena y dominando la desesperacion,

En aquella hora solemne el moribundo la encargó que se cuidara para la criatura que llevaba en su seno.

Siete meses y medio despues nació el duque de Burdeos, y la baronesa Jenny d'Erdeck, de cuyo escrito tomamos estos apuntes, recuerda aquí la magnífica composicion que con aquel motivo dió á luz Victor Hugo.

Pasan años: la familia de Orleans está en el trono y la duquesa de Berry marcha sola á la Vendée para excitar á la rebelion en favor de su hijo.

Triste expedicion en verdad; pero olvidemos por un instante su carácter político, para ocuparnos solo de las aventuras de la duquesa de Berry.

Ningun obstáculo la detenía para encontrarse siempre en donde combatian sus partidarios.

Cuando se decidió que pasase á Nantes á esperar el fin de los acontecimientos, pareció oportuno que se disfrazase de aldeana.

Con efecto, así lo hizo, acompañándose únicamente con una doncella, hija del país, que no la abandonaba desde su llegada.

Tres horas y media debía durar la marcha á pié.

Al cabo de una hora el grueso calzado que habia debido ponerse la hizo imposible continuar andando. Se sentó pues, se quitó sus zapatos y sus medias de lana y entonces prosiguió con mas facilidad su caminata.

La vida que llevaba desde que habia llegado al Oeste la habia hecho poner mucha atención á todo aquello que podia descubrirla.

Al ver pasar á las aldeanas que iban al mercado de Nantes, observó, pues, que la blancura de sus piés descalzos contrastaba con la tez de aquellas muchachas tostadas por el sol, y entonces con un puñado de tierra negruzca se dió el color de aquellas aldeanas.

La duquesa de Berry fué hospedada en un caseron viejo en una guardilla del tercer piso, donde habia un escondite que habia servido en tiempo del terror.

Era una placa de chimenea tras de la cual habia un refugio: la placa se abria por medio de un resorte y dejaba á descubierto el escondite, que consistia en un espacio de cuatro piés cuadrados.

En este lugar escribió de su puño y letra mas de cuatrocientas cartas.

El general Dermancourt, encargado de prender á la duquesa de Berry, nos ha dejado detalles muy curiosos.

Una tarde llegaron tropas y cercaron la casa.

— Escapaos, señora, dijeron los amos de la casa á la princesa.

M. de Menard entró en el escondite y le seguia M. Guibourg: quedaba la señorita de Kersabiec, que no queria pasar antes que la duquesa.

Pero la duquesa la dijo riendo:

— Querida mia, cuando se emprende una retirada el último es el comandante.

La jóven obedeció, y ya era hora: los soldados penetraban en el mismo instante en que se cerraba el escondite.

Registraron por todas partes, pues se hallaban bien convencidos de que la duquesa estaba allí; pero no encontraron nada.

Por fin, los soldados se retiraron, con la persuasion de que la duquesa de Berry habia podido escaparse.

Solo quedaron algunos gendarmes, y dos de ellos pasaron la noche en el cuarto del escondite.

El frio era excesivo y los hombres tiritaban.

Uno de ellos bajó á buscar leña, y al cabo de diez minutos habia en la chimenea una hermosa lumbre.

Las personas que estaban ocultas detrás de la placa sintieron el calor, el humo y el fuego.

Tres veces se incendió el vestido de la duquesa de Berry, y tres veces ella apagó la llama con sus manos.

Los movimientos convulsivos causados por el dolor hicieron estremecer á los cautivos.

La señorita de Kersabiec, que se habia quemado queriendo levantar el pestillo de la placa, habia hecho rodar los combustibles y despertado la atención del gendarme.

Creyó este que habia ratas en la chimenea y sacó su sable.

En esto el calor y el humo aumentaban á cada instante las torturas de los escondidos.

Por fin, la placa hizo un movimiento y entonces preguntó uno de los gendarmes:

— ¿Quién está ahí?

La señorita de Kersabiec respondió diciendo:

— Nos rendimos, vamos á abrir, quitad el fuego.

Los gendarmes, de los cuales vive uno, que es cochero en Paris, separaron los leños que ardan en la chimenea. La duquesa salió la primera y la siguieron sus amigos.

Eran las nueve de la mañana y hacia diez y seis horas que estaban encerrados en aquel escondite sin haber tomado alimento alguno.

La duquesa de Berry ha muerto en Viena á una edad avanzada, pues, como es sabido, habia nacido en Nápoles el 5 de noviembre de 1798.

Pasemos á los teatros parisienses.

La literatura dramática continúa ofreciendo, á guisa de novedades, producciones casi olvidadas del antiguo repertorio.

El teatro de la Puerta de San Martín, que se ha distinguido siempre por las producciones de verdadera novedad, que en todos los géneros, y sobre todo en el drama, ha presentado á la admiración ó á la crítica de sus contemporáneos, entra también en el camino trillado, y acaba de poner en escena un drama de los tiempos lejanos ya en que florecían las obras de Eugenio Sue.

Titulase *Matilde, ó las Memorias de una jóven*, que como novela y como drama obtuvo entonces un éxito asombroso.

Nada más deplorable que estas resurrecciones. Seguramente se encuentran situaciones que siempre conmueven y caracteres que interesan; pero la forma ha envejecido hasta un punto chocante, á menos que no se trate de una de esas producciones debidas á grandes talentos, como la *Lucrecia Borgia* de Victor Hugo, que también se ha representado últimamente. Victor Hugo, por la elevación del estilo y por la fuerza de las pasiones que pone en juego, será siempre considerado como un autor cuyas producciones pueden ofrecerse en todo tiempo al público literario.

La pieza á que nos referimos, recién estrenada en la Puerta de San Martín, no se halla en este caso, ni mucho menos. Todos los medios dramáticos que en ella resaltan están fuera de uso, ahora se exige algo más, se exige ese espíritu de observación y ese estudio de costumbres que antes eran exclusivos de la comedia y que se han hecho aplicables á los dramas.

Así puede juzgarse en otra obra del mismo género, titulada el *Arracheur de dents*, esta completamente inédita, que se acaba de dar en el teatro del Ambigu con un éxito bastante lisonjero.

Aquí no solamente hay observación, sino que hay también intención filosófica, pues se trata la cuestión palpitante de la abolición de la pena de muerte.

Nada más pintoresco que la introducción de la pieza.

Un labrador, de costumbres patriarcales, se irrita contra Terrasin, mozo de su parentela que no obstante su mala conducta se atreve á pedirle la mano de su hija, y en cambio concede la hospitalidad á un pobre hombre, llamado Mandal, que anda por los caminos arrancando muelas para ganarse la vida.

Su generosidad le cuesta cara.

Terrasin entra de noche en la casa y mata al labrador con el puñal de Mandal, circunstancia que hace que se atribuya el crimen á este último.

Con efecto, al cabo de largas y complicadas peripecias que van entreteniendo la acción hasta el momento decisivo, el jurado declara culpable á Mandal, negándole el beneficio de las circunstancias atenuantes, sobre lo cual los jueces le condenan á muerte.

Sin embargo, el verdadero criminal, movido por los remordimientos, se presenta á la justicia á ocupar el puesto del inocente reo.

Pero ¡ay! esta oportuna declaración no salva á Mandal; durante su permanencia en la cárcel ha contraído una enfermedad terrible y muere en la escena, á punto en que se cruzan el entierro de su madre y la boda de una de las heroínas de este drama lleno de episodios.

Cinco actos y ocho cuadros tiene esta producción de M. Brisebarre, un escritor de verdadero talento y que sabe el terreno en donde anda, es decir, el público para quien compone sus comedias. Así nada más curioso que observar cómo influye sobre ese público especial y le domina con sus calculados horrores.

Durante cinco largas horas los espectadores se indignan en masa contra el traidor y vierten lágrimas de amargura en presencia de la inocencia condenada á la desgracia; y cuando por fin aquel, de un modo u otro, viene á pagar su pena, un grito de alegría resuena unánime en la sala.

No juzguemos pues, con demasiada severidad obras que se escriben en condiciones dadas, y antes al contrario, cuando veamos como en el *Arracheur de dents*, que el éxito corona los esfuerzos del autor, aplaudamos también nosotros sin reserva.

En cuanto á los teatros líricos nada nuevo.

En los Italianos se han dado el jueves y el sábado de la semana santa los conciertos sacros de costumbre: el *Stabat Mater* de Rossini con las señoras Kraus y Sanz y los señores Nicolini, Palermi y Agnesi, y la *Misa solemne* cuya boga está muy lejos de hallarse concluida.

El domingo cantó la Patti la *Figlia del Regimento* y, como no podía menos de suceder, obtuvo, según parece, un gran triunfo. No la hemos oído aun en esta partitura que hace años no se canta en italiano en París, y por lo tanto reservaremos nuestra opinión hasta la próxima revista.

MARIANO URRABIETA.

Lo que son notabilidades.

Soy, digo, he sido todo un hombre célebre; aunque no soy el autor de *Junius*, ni el *hombre* de la máscara de hierro. Me llamo, según creo, Roberto Jones, y nací en no sé qué parte de la ciudad de Fum-Fudge.

La primera acción de mi vida fué agarrarme las narices con ambas manos. Mi buena madre, al verlo, me llamó ingenio; mi pobre padre lloró de alegría y me premió, regalándome un tratado de *nasología*. Ya era yo un sabio en esta ciencia antes de vestir calzones.

Este hecho decidió mi marcha en el camino de la ciencia; por él comprendí que todo hombre, con tal que tenga unas narices suficientemente suficientes, puede sin más que dejarse arrastrar por su propio instinto, llegar á la alta dignidad de *notabilidad*. No me fijé exclusivamente en las puras teorías de mi ciencia sino que, todas las mañanas de todos los días de Dios, me tiraba dos veces de la punta de mi trompa, finalizando esta maniobra, como consecuencia indispensable para el buen resultado de mi propósito, con media docena de *copitas* que á continuación me bebía.

Un día, cuando fui mayor de edad, me preguntó mi padre si quería seguirle á su gabinete. Seguíle, y sentándonos frente á frente me preguntó:

— Hijo mío, ¿en qué te ocupas? ¿cuál es tu porvenir? ¿cuál tu misión?

— Padre, le respondí, el estudio de la *nasología*.

— ¿Y qué es eso de *nasología*, Roberto?

— Señor, la ciencia que trata de las narices.

— ¿Y puedes decirme, hijo, cuál es la significación de la palabra narices?

— Padre, las narices, contesté, bajando algo la voz, las han definido muy diferentemente millares de sabios (al decir esto saqué el reloj, miré la hora y dije): aun no son las doce del día, hasta las doce de la noche tendremos tiempo de pasar revista á todas estas definiciones. Comienza, pues: La nariz, según Bartholinus, es esta protuberancia, esta giba, esta escrescencia, esta...

— Todo esto está muy bien, Roberto, interrumpió mi padre, me confieso anonadado por la inmensidad de tus conocimientos, te lo juro, dijo cerrando los ojos y poniéndose la mano derecha sobre el corazón. ¡Acéccate! y me cogió del brazo. Tu educación está terminada, creo que es ya tiempo de que hagas tu entrada en el mundo, y para marchar en él, lo mejor que debes hacer es seguir simplemente á tus narices. Así, pues, y por lo tanto, lárgale y que Dios te asista, gritóme, añadiendo á sus palabras sendos puntapiés, que yo iba recibiendo hasta que llegué á la puerta de la calle.

Bueno, mas aun, útil creí el aviso paternal, y resolví seguir á mis narices. Con mayor fuerza de la acostumbrada me dí de ellas tres tirones mayúsculos y de ellas brotó un ensayo sobre la *nasología*.

Todo Fum-Fudge se quedó bizeo con mi opúsculo.

— ¡Admirable ingenio! dijo el Quarterly.

— ¡Preciosa fisiología! dijo el Westminster.

— ¡No está mal pillo! dijo el Foreign.

— ¡Buen escritor! dijo el Edimburgo.

— ¡Profundo pensador! dijo el Dublin.

— ¡Grande hombre! dijo Bentley.

— ¡Alma divina! dijo Fraser.

— ¡Uno de los nuestros! dijo Blackwood.

— ¿Quién será? dijo la señora Media Azul.

— ¿Qué será? dijo la señorita Media Azul.

No paré mientes en cuanto dijeron de mí estas gentecillas, desdeñándolas me fui al estudio de un artista.

Estaba este retratando á la duquesa de Dios-me-Bendiga; el marqués de Tal-y-Tal tenía el perrito de aguas de la duquesa; el conde de Estas-y-otras-cosas juguetaba con el pomo de sales de aquella señora, y Su Alteza Real de Noli-me-Tangere se columpiaba en su butaca.

Me acerqué al artista y le enseñé mis narices.

— ¡Oh, bellisimas! suspiró Su Gracia.

— ¡Oh, socorro! tartamudeó el marqués.

— ¡Oh, inaguntables! murmuró el conde.

— ¡Oh, abominables! gruñó Su Alteza Real.

— ¿Cuánto quereis? Me preguntó el artista.

— ¿Por las narices? gritó Su Gracia.

— Mil libras, contesté, sentándome.

— ¿Mil libras? me dijo el artista meditabundo.

— Mil libras, respondí.

— Muy buenas son, me dijo entusiasmado.

— Pues valen mil libras, añadió.

— ¿Las garantizais? preguntó volviéndome las narices hácia la luz para apreciar las medias tintas.

— Las garantizo, dije, sonándolas con estrépito.

— ¿Son originales, verdaderas? interrogó palpándolas con algun temor.

— ¡Vaya! dije, cogiéndolas y moviéndolas bruscamente.

— ¿No son copia? me preguntó, examinándolas con un microscopio.

— Absolutamente, le respondí hinchándolas.

— ¡Admirable! gritó entusiasmado por la maniobra.

— Mil libras, díjele.

— ¿Mil libras? díjome.

— Precisamente, dije.

— ¿Mil libras? dijo.

— Justas y cabales, contesté.

— Las tendreis, respondí. ¡Vaya un cacho enorme!

Me entregó un billete y sacó una copia de mis narices. Alquilé un cuarto en Jermyn-Street, y dediqué á Su Majestad la noventa y nueve edición de mi *Nasología*, con el retrato de mi trompa.

El príncipe de Gales, ese tunantuelo libertino, me convidó á comer.

Eramos todos notabilidades y gentes del mejor tono. Allí estaba un neoplatoniano que citó á Porphire, Jamblique, Platino, Proclus, Hierocles, Máximo de Tur y Syrianus. Un profesor de perfectibilidad humana, que citó á Turgot, Price, Priestley, Condorcet, de Staël y

Ambitius Student in Yll Health.

Sir Positivo Paradoja, que dijo que todos los locos eran filósofos, y que todos los filósofos eran locos.

Sir Teólogo Teología, que charló sobre Eusebio y Arrio; sobre la heregía y el concilio de Nicea, sobre el Puseyismo y el Consustancialismo; sobre Homoousios y Homoiosios.

Sir Guisado, que habló de la lengua á la *escarlata*, de las coles á la *salsa velouteé*, de la vaca á la *Sainte-Menchould*, del escabeche á la *San Florentino* y de los sorbetes de naranja en *mosáico*.

Bibus ó Bumper, que dijo cuatro palabras sobre el *Markbrunen*, el *Champagne mousseux*, el *Chamber-tin*, el *Vicheboirg* y el *San Jorge*; sobre el *Haut-brian*, el *Ecoville* y el *Medoc*; sobre el *Grave*, el *Sau-tern*, el *Laffite* y el *Saint-Peray*, y meneando la cabeza con ademán despreciativo, añadió que se preciaba de saber distinguir con los ojos cerrados el amontillado del Jerez.

Allí el signor Tintontintino de Florencia, hablaba de Cimabue, de Arpino, Caspacio y Agostino; de las tinieblas de Caravaggio, de la suavidad de Albano, del colorido de Ticiano, de las *comadres* de Rubens y de las picardihuelas de Juan Steen.

Allí el rector de la universidad de Jum-Tudge, emitió su opinión de que la luna se llamaba Bendis en Thracia, Bubastes en Egipto, Diana en Roma, y Artemisa en Grecia.

Allí un gran turco de Stambul, que no podía menos de creer que los ángeles son caballos, gallos y toros: que en el sétimo cielo existía uno que tenía setenta mil cabezas, y que la tierra estaba sostenida por una vaca azul celeste, con incalculable número de cuernos verdes.

Allí Delfín Poligoto, nos dijo lo que habían llegado á ser las ochenta y tres tragedias de Eschylo, las cincuenta y cuatro oraciones de Isaias, los trescientos noventa y un discursos de Lysias, los ciento ochenta tratados de Theophrasto, el octavo libro de las secciones cónicas de Apollonio, los himnos y ditirambos de Píndaro y las cuarenta y cinco tragedias de Homero el Jóven.

Allí Fernando Fitz-Tossillus Feldspar, hizo una reseña de los fuegos subterráneos y de las capas terciarias, de los aeriformes, fluidiformes y solidiformes; de las *esquitas* y *chorlos*; de la mica-esquita y la pudinga; el cianito y el lipidolitho; la amatista y la tremolita; el antimonio y la calcedonia; el manganeso y todo lo que quiso hablar.

Allí estaba YO; que hablé de mí, de mí y de mí; de *Nasología*, de mi folleto y de mí. Enseñé mis narices, y hablé de mí.

— ¡Hombre feliz, maravillosa criatura! dijo el príncipe.

— ¡Soberbio! dijeron todos los convidados: y la mañana siguiente, Su Gracia de Dios-me-Bendiga me visitó.

— ¿Vendreis á Almack, preciosa criatura? me dijo ella haciéndome una caricia en la barba.

— Os lo prometo bajo palabra de honor, le contesté.

— ¿Con todas vuestras narices sin excepcion? me preguntó.

— Por mi vida que sí, respondí.

— Hé aquí una esquila de convite, bellissimo ángel. ¿Diré que vendreis?

— Querida duquesa, con todo mi corazón.

— ¡Quién os habla de vuestro corazón! con vuestras narices, con todas vuestras narices, ¿no es verdad?

— Ni una hebra menos, amor mío, la dije. Me las retorcí una ó dos veces y me fui á Almack.

Los salones estaban atestados de gente.

— ¡Ya llega! dijo uno en la escalera.

— ¡Ya llega! dijo otro desde un poco mas arriba.

— ¡Ya llega! dijo otro desde mas arriba aun.

— ¡Llega! gritó la duquesa. Ya llegó nuestro ángel.

Y asiéndome con las dos manos, me dió tres besos en las narices.

— ¡Diavolo! gritó el conde Capricornutti.

— ¡Dios le guarde! murmuró en español don Navaja.

— ¡Mille tonnerres! juró el príncipe de Grenouille.

— ¡Mil tiaplos! gruñó el elector de Bluddennuff.

Esto no puede quedar así, pensé. Me cargué, me encaré con Bluddennuff y le dije:

— Caballero, sois un monigote.

— Caballero, replicó despues de una pausa *relámpago y truenos*.

No hubo necesidad de más; cambiamos nuestras tarjetas, y á la mañana siguiente en Chalk-Farm le aplasté las narices, y por lo tanto pude presentar las mias á mis amigos.

— ¡Bestia! me llamó el primero.

— ¡Tonto! el segundo.

— ¡Avestruz! el tercero.

— ¡Burro! el cuarto.

— ¡Simple! el quinto.

— ¡Badulaque! el sexto.

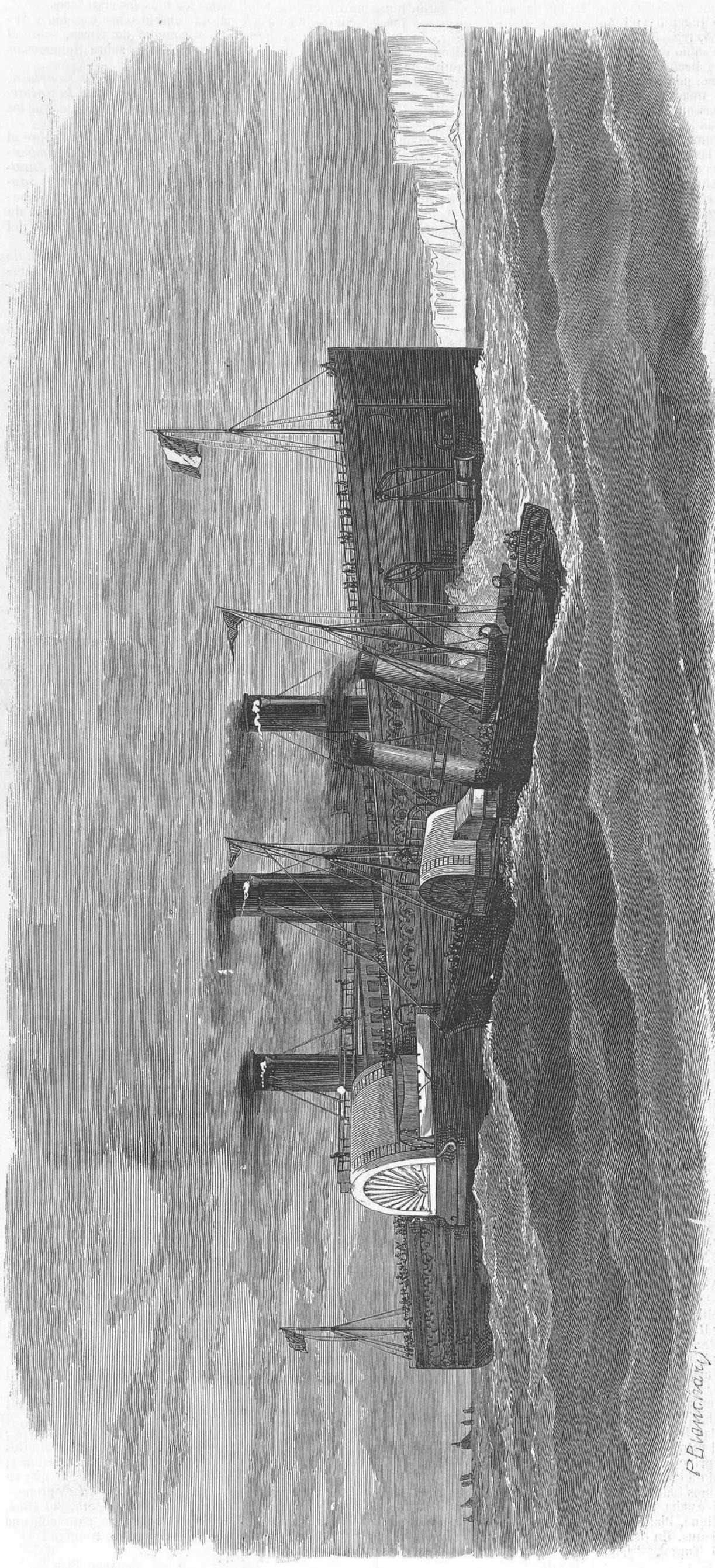
— ¡Largo de aquí! me dijo el sétimo.

Esto me apesadumbró sobremanera y fui á ver á mi padre.

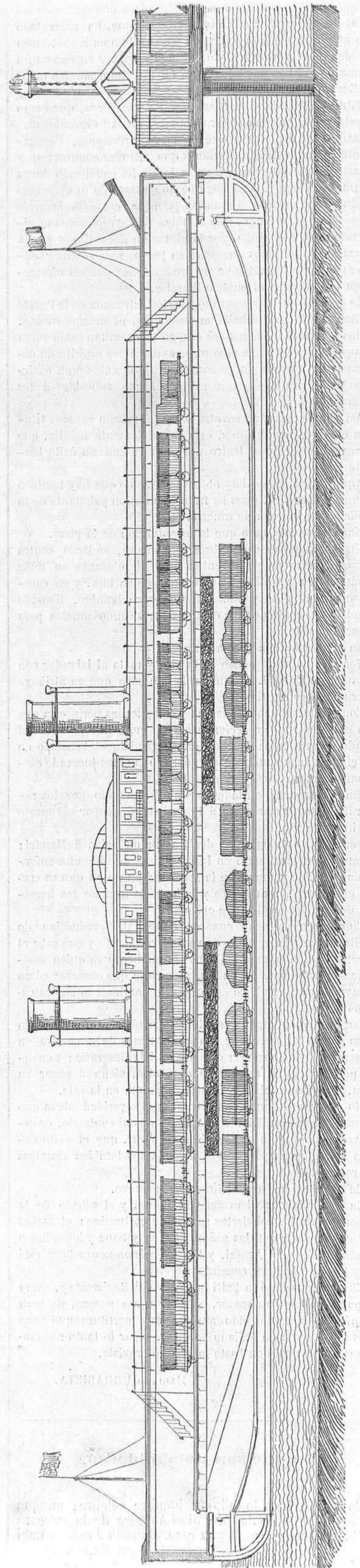
— Padre mío, le pregunté, ¿cuál es la misión de mi vida?

— Hijo mío, me contestó, el estudio de la *nasología*; pero al desnarigar al elector has traspasado los límites de tus propósitos. Tienes unas narices preciosísimas; pero Bluddennuff ya no las tiene. Te concedo que en Fum-Fudge la grandeza de una *notabilidad* es proporcionada á la dimensión de su trompa; pero, por Dios, hijo, sabe que no hay rivalidad posible para con una notabilidad que no tenga absolutamente ninguna.

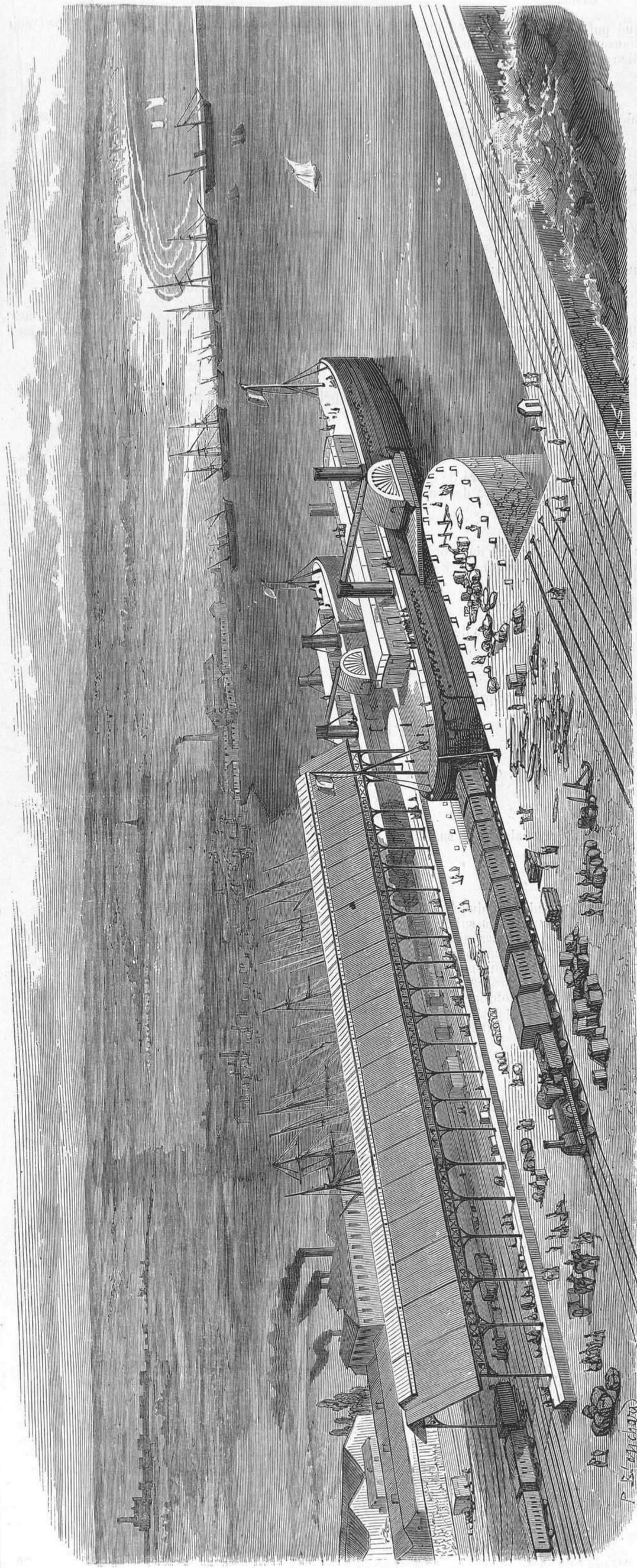
EDGARDO POE.



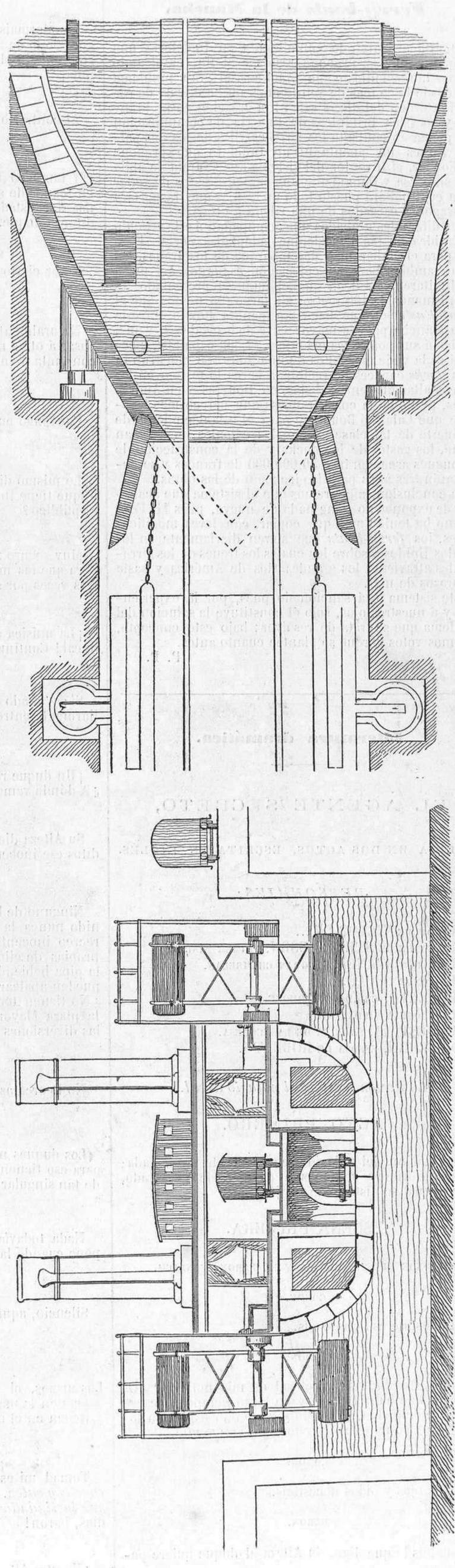
FERRY-BOATS DE LA MANCHA. — Vista del buque destinado á trasportar los trenes entre Francia é Inglaterra.



Corte longitudinal del buque y del muelle de embarque.



Vista general de la estacion y de los docks proyectados en Andrezelles y en Douvres.



Plano de la proa del buque y del dock de embarque.

Corte trasversal.

Ferry-boats de la Mancha.

Se está organizando actualmente en Inglaterra una compañía que se propone resolver al fin, empleando medios tan sencillos como prácticos, el gran problema que desde hace mas de veinte años no ha cesado de estar á la órden del día, á saber: la creacion entre Francia y las Islas Británicas de una via de comunicacion que ponga en contacto los ferro-carriles de los dos países. No es un puente ni un tunel lo que propone M. Fowler, el inventor del sistema que se trata de aplicar, sino lisa y llanamente una inmensa barca de vapor en la cual hallará puesto todo un tren, y que trasportará los wagones cargados de una ribera á otra.

Los diferentes grabados que acompañan á este artículo darán idea de las disposiciones adoptadas por M. Fowler para el embarque y desembarque de los trenes, así como tambien para su colocacion á bordo. Así pues, nos limitaremos á decir que el buque representado no tendrá menos de 400 metros de largo (25 menos que el *Great-Eastern*), que hace tan penosa hoy la travesía de la Mancha para la mayor parte de los viajeros, y que, gracias á sus poderosas máquinas (2,500 caballos), efectuará cada viaje en menos de una hora. Se construirán unos *docks* capaces de recibir la barca lo mismo en las mareas altas que en las bajas, en Douvres y en Andrecelles, punto de la costa francesa que parece mas favorable que Calais ó Boulogne para el establecimiento de un puerto de tal clase. Segun los cálculos que se han hecho, los gastos de los docks y de la construccion de los buques ascenderán á 50.000,000 de francos y se necesitarán tres años para la ejecucion de las obras.

En conclusion, añadiremos que el sistema que acabamos de exponer no tiene nada de nuevo, pues M. Fowler no ha tenido mas que copiar, con leves modificaciones, los *ferry-boats* que sirven diariamente en los Estados Unidos y sobre los cuales los trenes de los ferro-carriles atraviesan los grandes rios de América y hasta los brazos de mar.

Este sistema está sancionado pues, por la experiencia; y á nuestros ojos, solo él constituye la solucion del problema que se trata de resolver: bajo este concepto, hacemos votos porque se plantee cuanto antes.

P. P.

Literatura dramática.**EL AGENTE SECRETO,**

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

PERSONAJES:

EL DUQUE VICTOR DE...
EL CONDE DE STEINHAUSEN, PRIMER MINISTRO.
EL BARON STANBACH, GRAN CHAMBELAN.
EL CONDE OSCAR.
ROBERTO, CRIADO DEL DUQUE.
LA DUQUESA VIUDA.
ERNESTINA, SOBRINA DE LA DUQUESA.
NETCHEN, ESPOSA DE ROBERTO.

*La accion pasa en el palacio ducal.***ACTO PRIMERO.**

Una habitacion del palacio elegantemente amueblada; puerta vidriera y ventanas en el fondo de un terrado, por el cual se distinguen los jardines.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE STEINHAUSEN Y EL BARON STANBACH.

CONDE.

Es imposible eso que decís.

BARON.

¿Poneis en duda la exactitud de mis noticias? ¿Os imagináis que habria conservado tanto tiempo mi cargo de gran chambelan, si no hubiese tenido espías en todas partes? Yo todo lo veo y lo oigo, amigo mio.

CONDE.

Muchos ojos y oidos necesitáis.

BARON.

No dudeis lo que digo. Su Alteza el duque quiere popularizarse.

CONDE.

Me alarmais: ¿qué popularidad necesita él, cuando yo, conde de Steinhausen, su primer ministro, he vivido siempre sin ella? Bien sabeis, baron, que yo no soy popular.

BARON.

Al contrario, lo sé perfectamente.

CONDE.

Y tampoco ignorais que el duque es un polichinela en manos de su madre la duquesa, que empuñó las riendas del Estado hace diez y seis años, á la muerte del difunto duque.

BARON.

Y por cierto que no se halla dispuesta á soltarlas.

CONDE.

Naturalmente: ¿qué diriais vos si os propusieran traspasar á otras manos esa llave de chambelan que llevais con tanta dignidad y gracia?

BARON.

Convengo en que tampoco pienso en abdicar.

CONDE.

Lo mismo digo. Pero en fin, ¿estais seguro de que el duque tiene intencion de abrir los jardines del palacio al público?

BARON.

Muy seguro: mas aun, os diré que ha dado órdenes para que los músicos de su guardia toquen en el jardín tres veces por semana.

CONDE.

¡La música de la guardia en los jardines del palacio ducal! Continúa, baron.

BARON.

Sí; y añadido que el duque se propone pasearse familiarmente entre la muchedumbre.

CONDE.

¡Un duque rozándose con el pueblo, con la canalla! ¿A dónde vamos?

BARON.

Su Alteza dice que es justo y razonable dar á sus súbditos ese inocente recreo.

CONDE.

Ninguno de los ilustres antepasados del duque ha tenido nunca la idea de proporcionar á sus súbditos un recreo inocente. ¿No tienen ya todas las diversiones propias de ellos? ¿No tienen las tabernas para fumar la pipa bebiendo cerveza... cuando pueden pagarla? ¿No pueden apalear á sus mujeres sin que les cueste nada? ¿No tienen todos los lúnes la exposicion del pilori, en la plaza Mayor? En suma, lo repito, ¿no tienen todas las diversiones que la naturaleza indica para el pueblo?

BARON.

No lo cree así el duque.

CONDE.

Los duques nunca deberian creer ni pensar nada, pues para eso tienen á sus ministros. Y ¿qué dice la duquesa de tan singular reforma?

BARON.

Nada todavía, porque la ignora. Ya sabeis cómo se pone cuando la dicen alguna cosa que la contraría...

CONDE.

Silencio, aquí está el duque.

ESCENA II.

LOS MISMOS, el DUQUE con traje de caza, con una escopeta en la mano, y seguido de dos criados que se detienen en el umbral de la puerta vidriera.

EL DUQUE, á los criados.

Tomad mi escopeta. (Los dos criados toman la escopeta y salen. El conde y el baron se acercan al duque inclinándose.) ¡Ah, conde Steinhausen! ¡Buenos días, baron!

CONDE.

¿Vuestra Alteza ha cazado esta mañana?

DUQUE.

Sí; no sabia qué hacer, y me fui al parque reservado á matar faisanes.

BARON.

¡Magnífico!

CONDE.

¿Vuestra Alteza tiene mucha aficion á la caza?

DUQUE.

Muchísima... sobre todo cuando puedo ir al monte ó á la orilla del lago, al valle ó á la selva... y matar á un ciervo ó un oso. El placer es tal que no se piensa en el cansancio... Pero matar á unos pobres animales á veinte pasos, eso sí me cansa pronto. (*Arroja su sombrero encima de una silla y se sienta á una mesa.*)

CONDE.

Vuestra Alteza se dignará quizá variar sus diversiones hoy ocupándose un poco en los negocios... (*Enseña papeles.*) Estos papeles...

DUQUE.

¡Papeles! ¿Y qué he de hacer con ellos?

CONDE.

Firmarlos, y nada mas. (*El duque abre uno.*) Vuestra Alteza no necesita cansarse en examinarlos, porque ya los ha leído y aprobado la señora duquesa.

DUQUE.

Mi madre es la misma bondad... Sabe que no tengo yo ninguna experiencia en los asuntos de Estado, y me facilita los deberes de mi posicion... ¿En dónde hay una pluma?

CONDE.

Aquí. (*Entrega una pluma al duque.*)

DUQUE.

Baron, ¿canta esta noche la Fiorella en la Opera?

BARON.

Así está decidido, Alteza.

DUQUE.

¡Qué voz tan divina! ¡qué pureza, qué fuerza!... ¿Firmo aquí, conde?

CONDE.

Un poco mas abajo, Alteza.

DUQUE, firmando.

¡Qué facilidad de ejecucion! (*El conde presenta otro papel al duque.*) Lo que mas me sorprende, es que ella no parece conocer lo que vale su voz. (*Firma el segundo papel.*)

CONDE.

Ni por asomos. Es maravilloso.

DUQUE, antes de firmar otro papel.

¿Qué os parece su *do* de pecho, conde?

CONDE.

Si V. A. me permite que diga mi opinion francamente...

ESCENA III.

LOS MISMOS, la princesa ERNESTINA.

DUQUE, levantándose.

¡Ah! querida prima, vuestra presencia es para mí como el rayo de sol que viene á regocijar al preso en su calabozo.

ERNESTINA.

Temo interrumpir á V. A. ¿Estais ocupado?

DUQUE.

Nada importante... asuntos de Estado que no corren prisa. Puedo consagrarlos la mañana, querida Ernestina. ¿Qué haremos? ¿Saldremos á paseo á caballo ó en coche? ¿Jugaremos una partida de ajedrez? ¿Quereis terminar la que interrumpimos ayer noche? El tablero está ahí todavía, con las piezas como las dejamos.

ERNESTINA.

Con mucho gusto. (*El duque acerca una silla para Ernestina, que se sienta enfrente del duque.*)

Actualidades parisienses, por Bertall.



Regalos á la moda. — Celebracion de los dias del padre de familia. (escena de interior).
— Querido Teodoro, aqui tienes un frasco de vitriolo: queria regalarte un kilógramo de ácido prúsico, pero el droguero no me lo ha traído



— Amigo mio, una copita de ajenjo en celebridad de tus dias.



La seguridad en ferro-carril.

— ¿Cómo, señor mio, un sombrero de gendarme?
— Sí, señora, es mi sombrero de viaje; no me le pongo mas que en las estaciones, y así es que los malhechores huyen de mi lado.



La seguridad en ferro-carril.

— ¡ Ay, caballero, se ha sentado Vd. encima de mi revolver!



El abogado bonachon.

— Defienda Vd. al desgraciado Lathauvers, pues si le guillotinan, privarán á la sociedad de un buen criado.



— Puesto que los militares europeos reunidos piden la abolicion de la pena de muerte, en adelante los soldados que deban ser fusilados, pagarán su pena con seis dias de arresto.



Demanda de abolicion de la pena de muerte que no cuenta con probabilidades favorables.



Los delegados del club de las víctimas proponen una enmienda al dictámen de la comision. Los asesinos se comprometerán á reemplazar con un par de bofetones la muerte que antes daban á su clientela.



El libro de las mujeres bonitas.

— ¡ Por Dios, señor editor, que hablen de mí en ese libro! Se lo agradeceré á Vd. eternamente.



— Le han hecho senador, y el Senado es su retiro. ¡ Qué crueldad hacerle trabajar todavia!



El nuevo rey de Araucania.

Notificacion por medio de alguaciles, apremio á Chile y embargo. (Agencia Havas.)



— ¿ Qué es eso de plebiscito?
— De veras que no lo sé; pero se me figura que es cosa que se arregla entre copas de vino.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

Tal encuentro no dejó de provocar un poco las tendencias de don Juan á irse con Santiago, las cuales se aumentaron cuando llegando á su casa, halló á este muy contento haciendo sus preparativos y probándose varias piezas de ropa que habia mandado traer, no solo para salir esa tarde y el dia siguiente por la mañana con la debida decencia á conocer la ciudad en cuanto le permitiera la escasez del tiempo, sino tambien para presentarse en las fiestas de modo que Baciliza no tuviera de qué quejarse por su personal.

Así que comieron, que fué demasiado tarde por las muchas ocupaciones de la mañana, Santiago ya muy bien vestido empezó á urgir á don Juan para que lo acompañase á dar un paseo por la ciudad, pues no habia que perder momento, siendo indudable, como lo era, que de allí á veinte y cuatro horas ya se habrian ido; y tenian además necesidad de emplear gran parte del tiempo en otros muchos negocios.

Don Juan se vió precisado á condescender, y saliendo por último juntos, anduvieron algunas calles excusadas, á fin de ver si por casualidad encontraban indicios que los ilustraran sobre el paradero de la Cisne, no obstante la presuncion de que esta era vana diligencia.

XIX.

EL CAPELLAN.

En la esquina de una de aquellas calles encontraron á don Félix y á don Sandalio, apoyados en sus respectivos bastones con actitud negligente y desdenosa, departiendo en perezosa plática, bostezando, suspirando y esperando.

— ¿Ya tiene Vd. preparado su caballo, dijo don Juan á don Félix luego que se saludaron. Ya sabe que mañana á las doce del dia debemos partir todos juntos.

— Sí, señor, así es que por esa misma razon no he querido montar esta tarde, á fin de que el caballo no esté fatigado mañana.

— Yo soy de opinion, repuso don Sandalio, que hace ya mucho tiempo que Vd. no monta.

— ¿Por qué?

— Porque yo lo he visto á pié.

— Ciertamente, dijo don Félix sonriéndose: poco me gusta ya andar á caballo, y ahora menos, desde que estoy enamorado de Beatriz.

— ¿Quién es Beatriz? preguntó Santiago.

— Una señorita, contestó don Félix, que vive aquí en esa casita de ventanas coloradas.

— Por manera, dijo don Sandalio, que esa señorita tiene un pésimo gusto.

— ¡Muchas gracias por la franqueza de Vd.! dijo don Félix en tono de ironía.

— Quiero decir, añadió don Sandalio, que tiene muy mal gusto cuando no le agrada ver á Vd. sobre ese castaño que da miedo.

— No es por eso, don Sandalio, que he dejado de montar, sino porque Beatriz no tiene hora fija para dejarse ver: y entonces, ya considerarán Vds. que sería imprudencia venir á verla á caballo. Imagínense qué papel sería el mio parado aquí todas las tardes, solo y á caballo durante una ó dos horas.

— Me parece que Vd. se contradice, dijo don Sandalio.

— ¿En qué?

— Es cosa clara: si Vd. estaba á caballo, mal podia estar solo; antes bien así tendria en la esquina un compañero seguro.

— No obstante, dijo don Juan, me parece mas cómodo galantear á pié; y si el caballo es muy brioso, segun la opinion de don Sandalio, tanto mas; porque se evitan así los peligros que con frecuencia acarrea el coqueteo ecuestre.

— ¿Coqueteo dice Vd.? replicó don Félix, pues se equivoca: ni ecuestre ni pedestre le gusta á Beatriz; así es que ni aun á mí siquiera me dirige una mirada, despues de que llevo ya dos meses mortales de significarle mi amor. Y en verdad les aseguro que semejante cosa no me habia sucedido con ninguna mujer, y hallo en mí un no sé qué ajeno de mi carácter en esta bimestre constancia; porque siempre he sido de aquellos que creen poco en la sinceridad del amor, y solo pueden persuadirse de ella cuando en dos corazones nace y crece simultáneamente como por un raro secreto de la naturaleza. Solo entonces puedo concebir que exista una inclinacion cierta; porque á la verdad ¿cómo creeria

cualquiera de Vds. á una mujer que solo le correspondiera, porque le hubiera jurado mil y mil veces una ciega pasion? ¿por qué creerian Vds. en ese amor que solo es agradecimiento; pero un agradecimiento frio, pues tal debe ser el que produce una lisonja amorosa, en un ser siempre demasiado vano para no haber creído merecerla antes que se le haya dicho? Quien es amado á fuerza de rendimiento é importunaciones, no lo será realmente, ni podrá contar con un afecto que es preciso se borre el dia que pierdan su fuego los humildes ruegos que lo hicieron nacer.

— ¡Corriente! exclamó Santiago muy satisfecho, acordándose de Baciliza: Vd. entiende bien la materia y la ha estudiado como corresponde.

— Pero observe Vd., repuso don Juan dirigiéndose á don Félix, que mientras piense así será el juguete de las coquetas, que parece aman tan luego como se fija en ellas la atencion.

— Puede sostenerse, dijo don Sandalio, que eso depende seguramente de otro raro secreto de la naturaleza.

— Además, continuó don Juan; podía Vd. alguna vez dejar de pretender á una mujer que quizá lo amase, solo porque su recato no le permitiera alucinarlo con ese amor simultáneo, pues la modestia á veces se parece al desden.

— Exactamente, dijo don Félix, esto creo sucede con Beatriz; y por tanto llevo dos meses meditando y analizando los caracteres de la modestia y el desden. ¿Qué le parece á Vd., don Juan? Beatriz nunca me dirige una mirada ¿será porque no me quiere, ó porque tiene de costumbre fijar los ojos en el suelo cuando está en presencia de algun hombre? A nadie le consiente siquiera un saludo cortés y respetuoso.

— Eso deja colegir, dijo don Sandalio, que Beatriz no da esperanzas.

— Por lo menos, añadió don Juan, no las da para el mundo corrompido.

La conversacion se interrumpió porque en ese momento salió Beatriz con una criada á la puerta de la calle, que era el sitio en que mas bien solia mostrarse, desdenando la ventana porque se la habia prohibido el capellan. Al verla resolvió don Juan acercársele con sus compañeros, para informarse sobre si se habia recibido alguna noticia acerca de la Cisne, puesto que toda la familia de don Mateo debia tener sumo interés por una persona á quien este buscaba con tanta eficacia.

En efecto se acercaron; pero don Juan tuvo que dirigir sus preguntas á la criada, porque don Félix, aprovechando la ocasion, que era la primera que se le ofrecia, se dirigió desde luego á Beatriz.

— ¿Cómo le fué á Vd. en la procesion, decia este mientras don Juan interrogaba á la criada; pues estoy seguro de haberla visto en ella?

— Bien.

— ¿Mucho se divirtió usted?

— Mucho.

— ¿Tal vez impediria su diversion la enfermedad de la señora, que segun dicen, se ha agravado bastante?

— Bastante.

Mas al llegar aquí, Beatriz que habia levantado los ojos y mirando para la esquina, se sonrió y encendió un poco; y pasándose la mano por la frente, alió su cabello. No fué don Félix quien causó este movimiento; y desde entonces por el contrario, Beatriz no volvió á hacerle caso.

Era que se acercaba el capellan, cuyos saludos y agasajos derrotaaron en el acto á los cuatro seculares, que sin que ninguno de ellos hubiese adelantado gran cosa en su objeto respectivo, pues la criada solo dijo á don Juan, que las sospechas de haber muerto la Cisne iban debilitándose, de modo que don Mateo estaba seguro de que con la ayuda del capellan, á quien al efecto habia mandado llamar, daria bien pronto con ella.

Entre tanto el capellan que le habia tomado la mano á Beatriz, no solo no queria soltársela, sino que poniéndole la otra encima, le daba palmaditas y le sobaba la muñeca con un cariño tan edificante y místico, que era para alabar á Dios ver en los venturosos umbrales la santa escena. Beatriz, que á nadie miraba, devoraba con los ojos al capellan, y hallaba en él cierta poesía que le recordaba las procesiones en que, entre el sonido de flautas y violines, lo habia visto tantas veces desfilar en medio de ese coro de elegantes con sus blancas sobrepellices y negros bonetes.

Don Juan y Santiago se despidieron de don Sandalio y del amante de Beatriz, y se fueron conversando.

— Beatriz, decia Santiago, se turbó mucho con la presencia del capellan ¿qué podria ser eso?

— Es que entre los dos existen misterios muy secretos de conciencia y de consejo, respondió don Juan.

— Lo cierto es, dijo Santiago, que la señorita me parece muy dispuesta á dejarse poseer por hábitos de penitencia.

— Por eso la ama don Félix, aunque no es muy seguro un buen resultado, lo que yo sentiré mucho, pues desearia esa conveniencia para don Mateo; á lo menos si no se encuentra por último á la Cisne.

— Pueden hallarla, repuso Santiago, si el capellan les ayuda; porque me parece hombre eficaz para encontrar mujeres, y seguramente bastante interesado por esa pobre familia.

— Yo creo lo mismo, Santiago; pero no hablemos de esto, porque empiezo á sentirme con poca voluntad de que nos vayamos mañana, como lo hemos resuelto.

— Precisamente, don Juan: á las doce del dia estaremos en camino, á cuyo efecto es preciso madrugar para ir á comprar lo que debemos llevar, y sobre todo los guantes de posada y el velillo de camino para Baciliza.

XX.

LA PARTIDA.

Desde las once de la mañana, hora en que don Juan y Santiago andaban por la calle del Comercio haciendo sus compras, Baciliza, en su cuarto, se preparaba para partir, y vestida ya con su elegante traje de montar, aguardaba la hora con impaciencia. Al frente de un espejo que estaba sobre la mesa redonda, se sentó despues con el objeto de entretener el tiempo probándose detenidamente el sombrero de camino, para el cual don Sandalio le habia llevado la noche anterior un velillo muy hermoso. Acompañábanla, igualmente vestidas, sus dos amiguitas Mariquita é Inés, mientras doña Leoncia y otras señoras daban vueltas por la casa, arreglando todas las cosas.

— ¿Qué te parece, Mariquita, preguntó Baciliza sonriéndose, esta dama de camino? ¿Estoy adornada como corresponde? Mira que el asunto importa; pues segun infiero, un gran número de nuestros amantes va á congregarse hoy aquí para llevarnos.

— Estás tan bonita como siempre; y tengo esperanzas de que esta jornada sea la última que hacemos sin marido.

— No seria malo eso; pues te aseguro francamente que me disgusta mucho pensar que hemos hecho ya tantas jornadas solteras.

— Ciertamente, Baciliza. ¿Qué dirán esas nuestras contemporáneas tan exigentes, y que como maldicion se van casando que es un horror!

— Dirán, sin duda, que no hemos querido casarnos.

— No lo creas, Baciliza: todas son unas brujas, y no incurrirán por nada en semejante error. Nosotras siempre decimos que una muchacha está soltera, porque no ha habido un hijo de Adán que la quiera verdaderamente.

— Con otras bien puede ser; pero no conmigo, que á todos les consta que me aman cuantos me ven.

— Y no ignoran tampoco, dijo Mariquita con burla, que si don Sandalio pudiera...

— ¡Dale siempre con don Sandalio! Te ruego, Mariquita, que no me lo nombres nunca.

— Es que yo creia que él podia gozar hoy de sus *derechos de velillo*.

— Eso es muy justo, dijo Inés; mayormente cuando me ha dicho el otro dia, que opinaba habian nacido los dos el uno para el otro.

— Ya ves, añadió Mariquita, que esa opinion le da derecho á esperar de su amada mas bondad.

— Pero su amada, dijo Baciliza, no opina semejante disparate ni respecto de don Sandalio, ni de ninguno de los otros que la persiguen.

— ¿Ni aun de Enrique? preguntó Inés.

— De Enrique menos, porque siempre me pospone á esa Adelaida; y la tal Adelaida... mal haya si le hace caso ni piensa en otro que en Emilio.

— ¡Simple! dijo Mariquita, ¿quién se fija en un solo hombre!

— No, dijo Inés: Adelaida tiene razon. ¿Qué dicha debe ser para una mujer tener un amante como Emilio!

— Tú siempre, Inés, has envidiado á Adelaida, dijo Baciliza; y no quieres confesar que estás apasionada de Emilio.

— No, Baciliza; Emilio me gusta, nada mas.

— A mí tambien, á pesar de ser tan serio.

— ¿Qué hiciéramos para tener un novio así?

— Aguardar á que parezca el que ha nacido para cada una de nosotras, dijo Mariquita.

— ¿Y cómo opinas, preguntó Baciliza, sea el que nació para tí?

— Joven, bello y rico, ilustrado, elegante, fino y generoso, valiente, sensible... dotado, en fin, de talento y de virtud.

— Lo mismo opino respecto del mio, dijo Baciliza á un tiempo con Inés; sin embargo, continuó Baciliza sola, puedo asegurar que me contentaria con uno, aunque fuese algo inferior.

— Sí, porque el asunto urge, ¿no te parece? dijo Mariquita.

— Mucho, niña; pues ya estoy viendo que nuestra belleza comenzará pronto á esconderse entre las arrugas de la vejez; y eso es muy lamentable.

— Ni por chanza digas tal cosa, Baciliza, repuso Inés: deja mas bien volar por el mundo la opinion de don Sandalio, que dice estamos en la flor de la edad y cada dia mas hermosas.

— Yo no puedo comprender, añadió Mariquita, cómo es que se rehusa Baciliza á convenir en que don Sandalio vale un reino, al menos por la sabiduría de sus opiniones.

— Puede ser exacta, repuso Baciliza, esa opinion de don Sandalio, y me inclino á creerla cuando me veo en el espejo, y observo que el tiempo no corre para mí. Con todo, no puedo olvidarme de que ya se acerca el horrible guarismo de los veinte y cinco, que es nada menos, un cuarto de siglo; el que, segun dicen, va á ser mi edad líquida, previas todas las deducciones posibles, al concluirse este año. Así es que ya me veo precisada á decir que estoy vieja, bien que cuando lo digo es como quien se burla, y deseando interiormente que los que me oyen se rian de mi aprension, lo que casi siempre hacen efectivamente, dándome con ello un gran consuelo.

— Lo mismo exactamente me sucede á mí, dijo Inés,

de modo que es lo mejor tratemos de fijarnos en alguno.

— ¡Pero si no parecen, exclamó Baciliza, los que han nacido para nosotras!

— Pues que se quejen de su tardanza, que demasiado los hemos aguardado, le repuso Mariquita. Mira, continuó, cástate con Santiago, que, según me has dicho, es muy agraciado.

— Es cierto: no lo he visto más de una vez, pero su fisonomía me agradó bastante; me gusta sin saber por qué, y con él me casaría sin repugnancia. Es rico, y aunque vive en el campo, no sería ese para mí muy grave inconveniente. Sin embargo, ¿no te parece bueno no romper abiertamente con los demás?

— Por supuesto, porque... no sabemos; y siempre es bueno tratar bien a todo el mundo.

Al llegar aquí, se oyeron las herraduras de unos caballos que venían: eran los de Ricardo y Anselmo, dos amantes de Baciliza, es decir, el de baile y el de paseo, los cuales habiendo celebrado alianza, como ellos decían, tenían su clave de amor y de armonía. Así es que presentándose muy alegres en el aposento de Baciliza, la saludaron con mucha galantería.

— ¡Qué linda está Vd. hoy! le dijo Ricardo.

— Yo vengo, añadió Anselmo, a reclamar el derecho de que Vd. me regale la primera flor con que la obsequien en el camino.

— Ya esa flor está destinada, respondió Baciliza: le ofrezco más bien la que me dé en cambio la persona a quien quiero regalársela.

— Usted me permitirá, añadió Ricardo afectando ternura, que me lisonjee la esperanza de que esa persona sea yo mismo.

— ¡Qué satisfecho ha venido hoy Ricardo! repuso Mariquita.

— Sí, dijo él; y esa satisfacción es muy natural a la sinceridad y ternura de mi amor.

— Está prohibido, dijo Anselmo a Ricardo poniéndose muy serio, el que Vd. se tome la libertad de expresarse así delante del amante más verdadero de la hermosa Baciliza, y que ella no ignora serlo yo únicamente. Por tanto, Baciliza, me atrevo a pedir a Vd. desde ahora la primera contradanza del primer baile en las fiestas.

— Ya está dada a don Sandalio, dijo esta inclinándose la cabeza sobre el hombro; pero será para Vd. la segunda.

— Y para mí, dijo Ricardo inclinándose igualmente la cabeza, será la tercera, ¿no es verdad?

— Ya está dada a Enrique, contestó ella poniéndose el sombrerito sobre la ceja izquierda; pero si Vd. lo quiere absolutamente, podré darle la cuarta.

— Bien, dijo Ricardo volviéndose a Mariquita, siempre que Vd. me dé las primeras.

— Ya están dadas a Anselmo, respondió ella; pero le daré a Vd. las segundas.

— Observo, dijo Anselmo, que el número ordinal está ya muy elevado; y solo me acuerdo de que el dueño de la primera es don Sandalio.

— De ahí infiero, dijo Ricardo, que debemos numerarnos.

— Sería eso muy útil para nosotras, dijo Baciliza.

— Mucho, exclamó Mariquita; que el amor con guarismos es ya otra cosa.

Y sacando todos su respectiva cartera, se pusieron a escribir la lista de los nombres con su número correspondiente.

En eso estaban cuando llegó don Sandalio.

— Yo creía, les dijo, que Vds. ya no estarían aquí, porque han dado las doce; pero veo que aun no se han ido.

— Es muy ganápico el número 1, dijo Anselmo.

— Y muy zumbón el 2, dijo Baciliza.

— ¿Por manera, añadió don Sandalio, que Vds. piensan llevar la cachimona a las fiestas?

— ¿No vendrá Enrique por fin? preguntó Baciliza.

— No, contestó Anselmo, porque no puede ir hasta de aquí a dos días.

— ¡Ay! dijo entonces Baciliza, suspirando al mismo tiempo que contemplaba con ternura uno de sus anillos.

— ¿Por qué esa exclamación, preguntó Ricardo fingiéndose celoso?

— Es, respondió Baciliza, porque siento mucho que Enrique vaya a las fiestas, aunque sea de aquí a tres días; mas quería que no fuese nunca, porque me disgusta mucho.

— No es por eso, Baciliza, replicó Anselmo: hablemos la verdad; yo apostaría que ese anillo tiene la cifra de Enrique.

— No es bueno apostar, dijo don Sandalio; esa es mi opinión cuando se trata de anillos y de cifras.

— Tiene cifra, gritó Ricardo, y si no vamos a verlo.

Y los dos amantes se precipitaron para quitarle a Baciliza el anillo, a cuyo efecto se apoderaron de su mano, trabando una lucha harto desigual en apariencia, pero excesivamente animada y agradable en realidad; pues Baciliza defendía su anillo con gran tenacidad, siguiendo el parecer de don Sandalio, que riéndose a carcajadas y haciendo palmaditas, le gritaba:

— ¡Baciliza, Baciliza! Usted no debe entregarlo aun cuando no tenga cifra.

La risa y los gritos no permitieron oír el ruido de los caballos en que venían don Juan y Santiago; de manera que estos pudieron presentarse repentinamente sin ser sentidos. Santiago, al ver aquel cuadro, pensó que Baciliza, teniendo tantos hermanos, iba a obsequiarlo con una cofradía de cuñados mas numerosa que la de San Isidro en su tierra. Además, yendo, como iba, con la imaginación muy preparada por el amor, se turbó en extremo a la primera vista de Baciliza. Así que al saludar

a sus supuestos cuñados, les dió muy distraído este título futuro que ellos no podían comprender respecto de un joven a quien no habían numerado todavía. Mas como Santiago tenía una figura tan simpática, empezó por agradecerles muy particularmente.

— Usted debe ayudarnos, señor don Juan, decía Ricardo alzando su sombrero que se le había caído en la lid, debe ayudarnos a quitar a Baciliza un anillo sospechoso que tiene puesto.

— Con mucho gusto, Ricardo, respondió don Juan.

— Pero Vd., don Santiago, dijo Baciliza, me ayudará, como espero, a defenderlo. ¿No es verdad?

Inmenso fué el gozo de Santiago al oír unas palabras de tanta predilección, y a las cuales respondió con lo mas escogido de su galantería.

— No creo, dijo Mariquita, que don Juan y don Santiago puedan ponerse ni en favor ni en contra de Baciliza; pues habiendo llegado a tiempo en que está en su desenlace la primera *escena de posada*, tendrían que continuar para las siguientes con el mismo carácter.

— Si ha de ser así, dijo don Juan, prefiero la neutralidad. Mas si ya no esperan a nadie, y la escena está desenlazada, parece que debemos marchar.

— A nadie esperamos, contestó Baciliza, pues Enrique no va, según ha manifestado Anselmo.

— ¿No va Enrique a las fiestas? preguntó don Juan.

— Hasta pasados tres días, contestó Ricardo.

Esta advertencia no dejó de alarmar un poco a don Juan, que con razón tenía tantas sospechas contra aquel joven; pero sin manifestarlas, procuró procediesen inmediatamente a disponer la salida, la que todavía se demoró no poco, hasta que por último a las tres de la tarde partieron todos en un grupo tan alegre y animado, como que cada cual llevaba esperanzas muy halagüeñas.

Don Juan era el único que, penetrado de una tristeza profunda, no podía soportar la alegría que lo rodeaba ni alternar con aquella animación. Frecuentemente se quedaba atrás, pensando en que Enrique no iba allí, lo que era muy extraño y de muy mal agüero, en la suposición de que estuviera coligado o tratase de coligarse con los perseguidores de Emilio: un amigo se iba, un enemigo se quedaba; luego la venganza se estaba mostrando mas solícita que la amistad.

A pesar de estos pensamientos seguía alejándose sin que dejara de atormentarlo la vacilación en que estaba sobre si debía volverse, o seguir y dejar abandonado a Emilio.

Una coincidencia muy interesante había también para Santiago, que lleno de gozo iba al lado de Baciliza sin acordarse de nada, sin prever los pesares a que corría, ni saber los que en pos de sí dejaba.

En efecto, algunos ojos que lloraban estaban viendo alejarse entre un turbillon de polvo, aquel grupo feliz; y algun corazón muy leal estaba sintiendo que se disipaba el vano favor que en un instante de efímera compasión había prometido un hombre.

XXI.

MONSERRATE.

El día en que Santiago fué puesto en libertad, y que a consecuencia de las amenazas de Monterilla, estuvieron tan tristes Emilio y Adelaida, ese mismo día a las cinco de la mañana llegó a la cima de Monserrate, tal vez el único mendigo que se ha visto precisado a ir hasta allí, para solicitar un asilo en la miserable habitación de las pobres gentes que viven contentas en un sitio tan sustraído del comercio humano, y tan del exclusivo dominio de una elevada región de atmósfera y de frío.

Era la Cisne, que resuelta a cumplir las protestas que había hecho el día anterior en un momento de grandeza moral, pudo cambiar en el boqueron la mantilla de vueltas de terciopelo por el vestido de una leñadora, ordinario, es verdad, pero por cierto menos deshonesto.

Sin comer, habiendo apenas reposado en el sueño breves horas, y no hallando otro punto en que pudiera precaver mejor las persecuciones de la Daifa, y mas que todo, el baldon que ya casi la manchaba, emprendió al anochecer la subida de aquella cresta empinada y frágil, con la seguridad de resistir el hambre que desde muy niña estaba habituada a soportar; y en la confianza de que la luz de la luna la auxiliase en la marcha, por lo menos hasta una altura bien considerable, para que sin riesgo alguno acabase de pasar la noche, refugiándose en alguna de esas ermitas solitarias que de trecho en trecho marcan el camino.

Así anduvo las primeras horas de la noche, parándose a veces con el objeto de contemplar tristemente, desde algun punto muy elevado, el horizonte amarillo y silencioso que encerraba tantos habitantes entregados casi todos en aquellos momentos al verdadero y único descanso que el tiempo ofrece al hombre.

Mas el fanal que la alumbraba fué poco a poco sumiéndose en su ocaso. Entonces ella, que hasta allí había contemplado a la luna como una sincera amiga a quien a tales horas se complacía en amar y bendecir, comenzó a observar que esa compañera también era inconstante e iba a abandonarla por haber llegado primero, en su inversa ruta, a la cima del monte opuesto, desde el cual, dejando ver apenas un perfil de su disco, enviaba a la Cisne un triste adios, y la dejaba abandonada con las sombras, el silencio y la soledad.

Aun le quedaba, no obstante, algo mas al ausentarse la luna; y era el eco de un tiempo pasado lleno de tris-

tes sucesos. Entonces observó que otra vez veía extinguirse una claridad consoladora, como cuando al lado de su padre vió morir la que a ambos alumbraba; que nuevamente las tinieblas iban a envolverla, y que otra vez la noche debía parecerle semejante al abismo: que estaba siempre destinada a verse abandonar por los últimos rayos de una luz compañera; primero al lado de un padre honrado y cariñoso, después en los brazos de un gigante inmóvil e insensible.

De muy mal presagio le fueron estos recuerdos y la imposibilidad en que se halló de continuar su camino en la mitad de aquel cerro, donde, sentada en una piedra con las manos cruzadas sobre las rodillas, se puso a llorar de nuevo su orfandad, invocando la sombra de su padre para que la acompañase, y pidiendo a Dios fuerzas contra la oscuridad que le enviaba.

Esto pasaba en su corazón y en su memoria; en su cuerpo solo sentía debilidad, porque esa noche, lo mismo que aquella en que se quedó a oscuras con su padre, tampoco había comido.

Sin embargo, en esta ocasión nadie presenciaba su mal; veíase en medio del mundo mas sola que entonces, sin otra esperanza que la de llegar a una choza donde quien sabe si la pobreza no podría ostentar con ella el lujo de la limosna.

Apenas comenzó a amanecer continuó subiendo, alumbrada escasamente por la luz rosada que sobre su cabeza mostraba el Oriente, y a la cual parecía intentaba ir a alcanzar una débil mujer, subiendo exánime esa cuestión interminable de rocas y de césped.

Al fin, a las cinco de la mañana llegó a la cumbre, donde encontró la pequeña familia del sacristan de la capilla, que acababa de levantarse. No poca dificultad le costó obtener el asilo que deseaba, siquiera por tres días, porque tres días era mucho para esa pobre gente, que sin embargo se los concedió.

Con sus servicios pretendía ella compensar este favor a fin de que, como deseaba, se prolongase algo mas, pues empezó a gozar la tranquilidad que inspiraba en su corazón aquel sitio, el alivio que sentía su alma con el silencio que impone a las pasiones la vida rústica y sencilla, y sobre todo, el consuelo que daba a sus penas la imagen de Jesús, que perseguido lloraba también en su humilde camarín, como ella lloraba en el mundo.

Sus servicios no eran muy necesarios para estos huéspedes; y así lo mas del tiempo lo pasó aquella mañana recostada sobre el pretil que sirve de antepecho al átrio de la capilla, desde el cual veía a sus pies una ciudad entera, y a lo lejos la verdura de un campo dilatado, mientras la mañana despejada le permitió contemplar el horizonte embellecido por los rayos del sol.

Desde allí vió la procesion que andaba por las calles cuando Monterilla prometía la humillación de Emilio, y Santiago salía de su prisión: allí estaba también precisamente, en el momento en que mas tarde Adelaida, mostrando a Emilio las nubes que ya empezaban a eclipsar el sol, disimuló su melancolía con una imagen alegórica tan propia de su imaginación y tan lisonjera para su amante.

En efecto, en ese momento la Cisne empezaba a ver que una nubecilla pequeña flotaba allá abajo sobre los tejados de Bogotá, pareciéndole un copo leve que un soplo podía disipar: mas en un instante se extendió de tal modo, que Bogotá entera, cubierta con ella, desapareció a sus ojos que no vieron ya sino la superficie de un inmenso mar de humo blanco.

Muy interesante y nuevo le pareció este espectáculo, y se confundía agradablemente al oír debajo de ese océano extendido por todo el horizonte, el bullicio de una gran ciudad cuyo movimiento llegaba entonces mejor a sus oídos por la humedad de la atmósfera; así es que oía el chirrido de los carros, las pisadas de los caballos, la vocinglería de las gentes, el tañido de las campanas, el golpe de los lavaderos, el yunque de las fraguas, y hasta el ruido de los arroyos: todo a lo lejos, debajo de sus pies; todo al través de una nube que ocultaba a la vista enteramente el inmenso caserío, donde se movía aquella muchedumbre que parecía agitada en el fondo de un subterráneo profundo.

Los que han visto un espectáculo semejante, conocen la sensación rara y nueva que goza el alma en aquel punto, y esa especie de compasión involuntaria que siente el que está allí elevado sobre la población, hacia los que acá abajo se agitan por la vida, y consagrados a los intereses mundanos, olvidan ese cerro solemne y grandioso que está al lado de una ciudad, como el formidable testigo de Dios, que colocado allí por él para servir a su justicia, presencia en silencio el crimen y la virtud de una población entera, a fin de transmitir fielmente los pecados o los méritos del hombre a ese Redentor, que allá en la cima, sobre el altar de un mezquino templo, llora los delitos de la humanidad, y mas que todo, las persecuciones por la virtud.

La Cisne sintió estos pensamientos; y cuando llegó a imaginarse que veía en aquella mole sobre la cual estaba, la conciencia entera de tres siglos que juzgaba a Bogotá, entrando a la capilla, oró por los muertos, pidió virtud para los vivos y perdón para todos.

Al día siguiente, desde aquel mismo punto vió la partida de una sociedad de gente alegre, entre la cual iba Santiago. En esos momentos la atormentaba el pensar que ya se aproximaba el término del plazo que tenía fijado para estar allí escondida, y en consecuencia deliberaba sobre lo que había de hacer cuando bajase.

Se acordó de la protección que le había ofrecido Santiago, y escogió algun medio de aprovecharla sin que la deshonestase; pero cuando vió partir aquella gente, aunque no podía distinguirla, se imaginó, sin saber por

qué causa, que iba allí el protector en quien confiaba. Solo pensó entonces, dando su sospecha por cierta, en no precaver mas la muerte, en auxiliarla si era preciso, y en rehabilitarse escribiéndole á aquel jóven una carta donde estuvieran consignados su inocencia y sus combates; para que mereciendo crédito por no llegar á su destino, sino despues de su muerte, quedase su memoria libre de toda mancha.

Ya se fastidiaba esa tarde de mirar para la ciudad, y se entretenia mas bien en observar á la caída del sol ese hermoso ocaso de Bogotá en las tardes del tiempo en que comienzan ó terminan las lluvias.

Admiraba casi con alegría esos promontorios de nubes blancas, que con sus bordes sobredorados, se veían inmóviles y agrupados con majestad sobre el horizonte: esos velos violados que se extendían despues al Oriente, y que desvaneciéndose por grados, llevaban la vista á que se fijase sobre un arroyo de sangre, mientras un fantasma pardo y tenebroso se bamboleaba hácia el Norte anunciando la noche, noche funesta para la Cisne, en que un brazo asesino iba á robarle un ser interesado por ella.

En efecto, al día siguiente muy de mañana llegó á Monserrate el capellan de la casa de don Mateo, que iba á decir una misa pagada el día anterior por este mismo, para que el Señor de aquel templo, en quien tenia mucha fe la familia, fuese propicio en la solicitud en que por hallar á la Cisne estaban empeñados el doctor Témis y el mismo don Mateo. El capellan llegó muy triste, y sin hablar mas que con el sacristan, dijo misa, y se quedó despues en la iglesia haciendo un rato de oracion.

— ¿Por qué ha venido tan triste el capellan? preguntaba á su marido la mujer de aquella casa, luego que salieron de misa.

— Me dijo, respondió el sacristan, que encomendáramos á Dios un amigo suyo que fué asesinado anoche en Bogotá.

— ¿Quién sería?

— Un tal don Mateo.

— No lo conozco, dijo la Cisne.

— ¿Por qué lo asesinaron? preguntó la mujer.

— Por andar buscando una señorita que le interesaba muchísimo. Lo asesinaron unos ladrones que se creían perseguidos por él, y que viven hácia el lado de Egipto. Acompañado de unos gendarmes, y con pretexto de aprehender á un ladrón oculto, tuvo el arroyo de presentarse anoche en la guarida de esos malhechores, que con armas de fuego se defendieron, dando por desgracia uno de sus tiros sobre el imprudente señor, sin que por eso fuesen cogidos por los gendarmes, que aterrados con aquella descarga, y no estando debidamente preparados, se vieron en la necesidad de huir por entonces. Vean Vds. cuán caro le costó buscar á esa niña, y cuánto le interesaría.

— Sería alguna hija suya, repuso la Cisne.

— No: eso mismo le dije al capellan; pero me manifestó que no era sino otra señorita, y me recomendó además rogáramos á Dios porque estuviese viva, á cuyo fin me dijo la llamaban la Cisne.

— ¡La Cisne! exclamó esta muy admirada.

— Sí, repitió el sacristan: la Cisne; me acuerdo perfectamente.

— ¿Eso cómo?... ¿Don Mateo? ¿Quién es don Mateo? ¿Por qué me buscaba él á mí?

— ¿Acaso, exclamó el sacristan, es Vd. á quien buscaba?

— Sin duda, dijo ella; pero... aguárdese Vd., que puede ser otra, y á mí me persiguen. No diga nada hasta que sepa si son mis enemigos los que me solicitan.

— ¿Cómo han de serlo, dijo el sacristan, cuando la misa que se ha dicho y acabamos de oír, ha sido solamente para que Vd. parezca?

— Eso no puede ser, contestó; pues que si han matado al que me buscaba, ya es en vano que me encuentren. Debía ser ese hombre algun protector noble que me enviaba el cielo, puesto que ha muerto...

— Seguramente, repuso el sacristan; pero el doctor me acaba de decir, que á pesar de creer á los de la familia del muerto poco interesados ya en que Vd. parezca, esperan hallar por ese medio no sé qué socorro.

— ¡Oh! exclamó la Cisne; no diga Vd. nada: ya sé para qué me buscan, y no quiero que me encuentren.

— No puede ser para mal, replicó el sacristan; pues este sacerdote es muy bueno.

Entonces el capellan, dejando la iglesia, se dispuso á bajar; pero el sacristan le salió al encuentro y le refirió lo ocurrido. Inmediatamente se volvió el capellan y dirigiéndose á la Cisne, le preguntó quién era. Ella le satisfizo francamente, y le exigió tambien por su parte le dijese quiénes y con qué objeto la buscaban.

— Solo sé, respondió el capellan, que el difunto don Mateo tenia gran interés en encontrar á una jóven, porque un señor, cuyo nombre ignoro, no habiendo querido revelarlo don Mateo ni siquiera á su familia, le ha-

procure estar por aquí y no irse á otra parte, hasta que se resuelva la duda de si es Vd. verdaderamente la Cisne y si la familia de don Mateo insiste en buscarla, lo que no puede saberse ahora, pues se halla en una consternacion extraordinaria, como es muy natural, por la desgracia que acaba de sobrevenirle.

El capellan emprendió su camino y la Cisne se quedó llena de inquietud, pensando en que aquel asilo era ya muy peligroso, pues en el caso que insistieran en buscarla, haciendo para ello que fuese reconocida, como el capellan indicaba, solo podían ser hábiles para tal reconocimiento la Daifa y algunos de sus cómplices.

Volver á ver á esta mujer era para la Cisne el pensamiento mas espantoso, porque juzgaba imposible librarse de su horrenda venganza una vez que cayera de nuevo en sus manos, ó supiese siquiera dónde estaba. Encantadores le parecían los dos días que habia pasado allí, llena de seguridad, sin alarmas, ni testigos que la humillasen, como la habia humillado en ese instante mismo el capellan con sus miradas altaneras y conceptos sospechosos.

No habia para ella una cosa que la atormentase tanto y ofendiese tan directamente su orgullo, como el suponer que trataba de hacerse interesante á favor de una mentira.

(Se continuará.)



Banquete de familia.

bia propuesto la recogiese en su casa en calidad de enfermera, pues estando actualmente muy mala la señora, podía serle útil por sus cuidados, y además por una pequeña pensión que recibiría para su subsistencia. Por esto habrá de inferir Vd. que no puedo ni debo creer que la que tanto interés ha inspirado, sea meramente una leñadora.

— Usted puede creer, dijo la Cisne, lo que le parezca mas acertado. No tengo interés en lograr una protección que me es harto sospechosa mientras ignore quién es el protector, lo que Vd. no puede decirme.

— ¿En dónde vivía Vd. antes?

— En casa de la Daifa.

— ¿Por qué salió de allí?

— Eso es largo de contar, señor; y además muy inútil por ahora.

— ¡Ya!... ya se infiere que Vd. será bien insubordinada: con todo, me parece bueno que sea como fuere,

advertir que no hablo yo ni del terrible oso gris de la América del Norte ni del oso blanco de las regiones árticas.

Sin embargo, por feroz que sea este animal, no se halla desprovisto de sensibilidad, muy lejos de eso. Hasta puede decirse que tiene un cariño tierno á su prole. Una osa se deja matar por salvar á sus hijuelos, ó muere de dolor si no consigue salvarlos. Por eso los cuida tanto. Para proporcionarles un alimento delicado es capaz de arrostrar todos los peligros imaginables. ¡Ay del rebano que se encuentra á su alcance! Ni los perros ni los pastores impedirán que el cordero mas gordo sea para sus hijuelos. De vuelta en su guarida se sienta como aparece en nuestro dibujo, delante de sus glotonas que celebran el opíparo banquete. ¡Qué satisfacción en su actitud y qué amor en sus ojos! Su felicidad es completa. ¿No es un cuadro digno de un artista?

C. P.